
ARNALDO VISCONTI
El Galante
Aventurero
4
PTAS
TESOROS


ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero

1ª Edición - Noviembre 1949
Impreso en
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA



Capítulo I

LA FURIA DEL MAR

Al sur de la isla siciliana, la costa dentellada y abrupta; abunda en entrantes y breves cabos, y ofrece escasamente el amparo de blandas playas, siendo pedregosa e inhóspita.

A veces el mar, penetrando como un largo estilete, forma estrechas radas entre acantilados, y como si su punta mellada al choque con la tierra, se doblase, adopta forma que originando interior laguna, sirve de seguro refugio para nave que no quiera ser vista.

Otras, en sus embates de siglos abre cavernas, socavando la roca a ras de agua, hasta lograr subterráneas oquedades, que también sirven para que en ellas, pequeñas embarcaciones puedan refugiarse.

Fué en una de estas grutas y muy en contra de su voluntad, donde por cierta noche tormentosa del otoño de 1491, un griego de la isla de Mitiléne, llamado Heleno, y apodado “La Furia del Mar”, penetró violentamente con su velero “Dafné”, ya desmantelado y barridos de cubierta palos, lonas y aparejos.

Heleno de Mitiléne había conquistado su apodo en el mismo archipiélago que le viera nacer: las islas del Egeo engarzadas en las esmeraldinas aguas del mar de su nombre, habían sido teatro de sus

rápidas y fugaces apariciones, no por breves menos cruentas.

Un día, sintióse invencible. Nadie en el Egeo podía cortarle el paso, pero tampoco eran apetecibles los botines que en la miríada de islitas se obtenían.

Islas que vivían del cultivo de vides, de la pesca de esponjas y del rústico comercio de telas lanudas, no abundaban en mansiones donde los cofres rebosaran.

Y entonces, cuando ya Heleno de Mitiléne había en jactanciosas incursiones asolado humildes aldeas ribereñas, concibió un gran concepto de sí mismo.

Tenía por lugarteniente un robusto cincuentón llamado Gregor. Y en ocasión en que el "Dafné", que así llamábase el velero con grandes ojos pintados a la proa, capitaneado por Heleno de Mitiléne, surcaba las apacibles aguas al sur del archipiélago, Gregor subió al pequeño puente de popa donde en estrecha camareta baja de techo habitaba, comía y observaba cuanto a bordo pasaba, "La Furia del Mar".

Gregor no había sido llamado; por esto, cuando apenas pisaba el último peldaño de la breve escalera, oyóse interpelar con rudeza:

—¿Quién te mandó venir? Mucha libertad te tomas, Gregor.

El lugarteniente hizo un saludo respetuoso llevándose la diestra al corazón, y agachando la cabeza.

Murmuró:

—El temor de haber interpretado mal vuestras órdenes, hasta aquí me ha impulsado, capitán.

Unos instantes miró Heleno la altura del sol, la lejana línea obscura de tierra, y la postura de las velas.

Dijo con sequedad:

—Navegamos como ordené. Hacia el oeste reciamente, desde hace cuatro días con sus noches, favorecidos por buenos vientos. Y mi proa singla sin variación, Gregor.

—Por esto mismo, capitán, he esperado en vano contraorden.

—Sueles ser comedido en tus palabras, Gregor. Y eres marrullero, cauto y enemigo de perder el tiempo en vanas charlas. Ya que hasta aquí has subido, sabiendo que lo tengo prohibido, muy importante es lo que anhelas decirme.

—Sí, capitán Heleno.

—Habla,

Gregor tendió el índice señalando hacia la franja obscura que poco antes había contemplado el amo a bordo del "Dafné",

—La costa bereber, capitán Heleno—dijo lacónicamente.

—Lo sé. Bien, ¿y qué? ¿No es éste el "Dafné"? ¿No soy "La Furia

del Mar”? Contengo mi enojo, Gregor, y no ordeno que te suspendan de los pulgares y fustiguen hasta desollarte, porque de cuantos a mi bordo están eres el mejor marino, ya marcado por el medio siglo, que da prudencia, sensatez y valía. Por esto mismo, ¿cómo te atreves a temer?

—No temo a nadie ni a nada, bajo vuestro mando, capitán Heleno. No hay bereber que os venza —dijo en fácil adulación, que sabía complacía al vanidoso pirata.

—¿Entonces ?

—Más allá, capitán Heleno, hay galeones tripulados por seres salvajes, sombríos, que por Italia, por los lejanos, países de Flandes, han flameado triunfantes sus pabellones. Defienden con hosca decisión sus costas, y pagan caro su atrevimiento aquellos que osan invadir sus aguas. Yo os seguiré siempre, capitán Heleno, pero ya que tuvisteis la generosidad de aludir al medio siglo que he vivido, aceptad mi idea.

—Habla—consintió ceñudo el pirata.

—Atravesado el estrecho entre la siciliana isla y la costa bereber, entráis en dominios españoles, porque surcan constantemente galeones de aquella raza el ancho mar. Los ojos que iluminan vuestra proa, iluminarían a los vigías españoles. Sabrían que sois “La Furia del Mar”, y bravucones como son, intentarían apresaros para en humillantes cadenas conduciros de picota en picota, que así tengo entendido hacen con los piratas famosos.

—¿Crees tú que mi fama ha llegado hasta la gran España?— preguntó, muy halagado, Heleno de Mitiléne, acariciándose la barba.

—Dadlo por seguro, capitán Heleno. Y por esta misma razón —mintió Gregor— apenas el “Dafné” surcara el mar español, todos sus galeones nos cercarían. Podéis evitarlo, cubriendo los ojos de proa, y ordenando que todos nosotros ocultemos cuidadosamente nuestros birretes negros y las rojas fajas, así como el pabellón negro y rojo. Tengo en mi cofre un estandarte español, capitán Heleno...

Enmudeció Gregor. Y su capitán sonrió ampliamente. El medio siglo de vida de su lugarteniente valía mucho.

Diez días después, el “Dafné”, ostentando pabellón español, mecíase apaciblemente alejado apenas tres millas de la costa menorquina.

Y la furia del mar favoreció al así apodado pirata griego. El leve céfiro, fué convirtiéndose en soplo de brisa, para aumentar su fuerza hasta transformarse en huracán.

Tuvo tiempo el “Dafné” de refugiarse en recoleta cala

menorquina, y seguras las anclas, desde allí vieron cómo el mar encrespado que ahora, no podía dañarles, zarandeaba violentamente un magnífico galeón español.

Era una nave que remontaba el Mediterráneo, procedente del puerto gaditano, y que se dirigía al puerto francés de Marsella para adquirir sedas galas a trueque de relucientes doblones de oro y de rica orfebrería de plata toledana.

La furia de los elementos desmantelaba palos y arrancaba velas, y arrojaba al mar los tripulantes que en vano intentaban luchar para capear el recio temporal.

Oscurecía cuando el galeón reducido a un casco crujiente fue empujado por la fuerza de las olas hacia la cala en que se hallaba el "Dafné", cuyo capitán hizo ondear el estandarte español.

Quedaban escasamente veinte hombres a bordo del galeón. El propio capitán había sucumbido al caerle encima el palo trinquete.

Confiadamente, los supervivientes aguardaron la llegada de los que en lanchas iban remando hacia ellos, procedentes del "Dafné".

Y a bordo, los fatigados españoles acogieron con alegres y confiados abrazos a los que creían compatriotas .Abrazos postreros...

En sus costados recibieron como devolución a su fraternal gesto, hondas cuchilladas. Heleno de Mitiiéne, seguido por Gregor, al terminarse la alevosa matanza, pareció que iba a enloquecer de codiciosa alegría cuando los empotrados cofres de la cámara principal, descerrajados, revelaron su tesoro.

Las apiñadas monedas de oro, las vajillas, candelabros, bandejas y demás piezas de plata, fueron trasladadas rápidamente al velero, casi al tiempo en que el casco del galeón, escorando de banda, embarrancaba en la playa,

Y Heleno de Mitiléne, cuando cesó la borrasca, largó velas a toda prisa, alejándose ele la isla menorquina y singlando hacia el este, siempre con el pabellón español encubriendo su condición de pirata griego.

Y por espléndida mañana soleada, cuando a lo lejos perfilábase la costa sur de Sicilia, llamó a su segundo, para, cosa inaudita, darle acceso al interior de su camareta, donde una niña de unos cuatro años, linda, morena y de dulce sonrisa sempiterna en el rostro, jugueteaba con monedas de oro españolas que levantaba entre sus dos manecitas haciéndolas caer en rutilantes cascadas en el mismo cofre.

—Triunfante ha sido el viaje, Gregor. Y el mar es mío.

—Perdonad, capitán Heleno. Pero el medio siglo que he vivido,

me autoriza a decir que el mar es el mejor amigo y el peor enemigo; es versátil y traidor.

Encogióse de hombros el pirata griego.

—Somos ricos, Gregor... Tendremos palacios, esclavas, los mejores manjares, y donde anclemos, todos nos rendirán pleitesía, porque hemos vencido a los españoles y nuestro es su tesoro.

La niña alzó la cabeza, deteniéndose en el juego.

Heleno de Mitiléne la miró, y sonrió:

—Siempre llamo así a mi Helena, y ahora creyó que la nombraba—explicó paternalmente, el pirata—. Sigue jugando, Helena.

Que el capitán pirata tenía una hija, nadie a bordo lo ignoraba. Y oscuramente, aun siendo todos unos desalmados, sentían cierta pena indefinible al pensar en aquella criatura, privada de caricias y de juegos.

Pero Gregor comprendió que para “La Furia del Mar”, la niña Helena era la única debilidad sentimental del pirata.

Y lo comprobó a media tarde, cuando la más furiosa galerna se abatió sobre el mar, tratando al velero "Dafné” que llevaba ya sus ojos pintados en proa al descubierto, del mismo modo como doce días antes, trató al galeón español.

Los palos se abatieron matando a muchos, las velas se derrumbaron, el casco crujió, y las olas fueron empujando al "Dafné” hacia la dentellada y abrupta costa siciliana, en paraje donde se erguía un sombrío castillo.

Era inminente que el velero se estrellara contra las rocas, privado de timón y rumbo humano.

Heleno de Mitiléne, dorando de impotente rabia, empapado de lluvia, imprecando a los dioses que le condenaban a próxima muerte, teniendo1 a bordo un tesoro, hizo algo que extrañó al más sereno y resignado Gregor, que era de los pocos que quedaba en vida a bordo.

El capitán pirata recogió un grueso madero, resto del derribado palo mesana, y unos cordajes. Desapareció dentro de la camareta, para salir poco después.

Llevaba entre sus forzudos brazos el ancho y grueso palo como si se tratara de un niño. Y en efecto, Gregor vió atada y sollozando a Helena tendida sobre el pedazo de mesana, muy envuelta en ropas.

Con salvaje grito de animal herido, Heleno de Mitiléne arrojó al agua la pequeña balsa. Dijo a Gregor, gritando:

—¡Nadaremos hasta la costa, Gregor!

—Sabéis que es imposible, capitán Heleno, porque...

No terminó la frase... Pareció como si una gigantesca mano asiera por la quilla el casco del “Dafné” y a modo de guijarro, lo lanzara contra la costa.

Gregor salió proyectado hacia arriba, porque en aquellos instantes era el único que a bordo no se agarraba a algún asidero. Y a esta circunstancia debió que días más tarde lo recogiera muy lejos, una nave.

Pero el “Dafné”, impulsado a una velocidad de vértigo, penetró en una de las cavernas que moteaban el litoral. Y una avalancha de agua penetrando con él, le sepultó en el fondo del lagunajo de la caverna, ahogados todos los tripulantes y anegado el tesoro.

Al amanecer, unos pescadores recogieron a Helena de Mitiléne, que vacía como durmiendo en la concha arenosa a los pies del altosano donde se erguía el castillo de Sabbia.

La creyeron muerta. La llevaron a Giulio, un pescador ya entrado en años que oficiaba a modo de curandero de la aldea.

Vivió... Pero su extraño lenguaje, nadie lo comprendía... aparte Giulio que había viajado por tierras griegas.

Giulio la cuidó, meciéndola en sus noches de pesadilla, La niña recibió el nombre de Inocentina, que así llamaban en Sicilia a cuantos huérfanos eran recogidos, ignorando procedencia y paternidad.

Un buen día Giulio desapareció. Quedó sola y abandonada definitivamente la niña, que por su extraña sonrisa y su huraño carácter, que prefería la compañía de los animales, y se dedicaba a danzas extrañas, fué ganando renombre de hechicera.

Lloró Inocentina la desaparición de Giulio, que en la aldea de Sabbia, se atribuyó a nostalgia de antiguos viajes, porque así se extendió el rumor, ya que Lutezia della Sabbia, dueña y señora de castillo y aldea, y de la costa donde naufragó el “Dafné”, lo dijo así al maestre de armas del castillo Cosme Biondelo, el cual lo repitió en la aldea, añadiendo que posiblemente sabía madona Lutezia hacia dónde fué Giulio, ya que ella misma habíale dado dinero y ropas dada la pobreza del pescador.

La mentira que madona Lutezia contó a su capitán de armas, constituía el origen del horrible secreto de Lutezia della Sabbia.

Capítulo II

EL SECRETO DE LUTEZZIA DELLA SABBIA

El caso de la familia della Sabbia era frecuente. Mandaban en pequeña comarca, donde tenían todos los derechos. Vivían en castillo, pero frugalmente, porque no daban para festines ni joyas, los diezmos obtenidos de la aldea y tierras donde eran señores.

La muerte de Ginpano della Sabbia, a los tres años de matrimonio, dejó a Lutezia que por entonces tenía dieciocho años, madre de dos hijos: un niño llamado Giancarlo, y una niña, Lucinda.

Madona Lutezia demostró ponto que, pese a su corta edad, era mujer de talento y autoridad nativas.

Y se conquistó el absoluto respeto de sus súbditos, cuando ella misma a caballo, se puso al frente de los soldados que guarnecían el castillo della Sabbia para repeler la invasión de un barón vecino que ansiaba apoderarse de las tierras gobernadas por Lutezia.

Adquirió fama de justa y severa. Era bella, y sus intensos ojos negros poseían una vitalidad asombrosa, que imponía respeto a los más reacios a acatamiento.

Cuando la galerna que empotró el "Dafné" al fondo de la gruta, agitó el mar, tenia Lutezia della Sabbia veinte años. Oyó. hablar de Inocentina y el pescador Giulio, sin darle importancia.

Todas las mañanas recibía en audiencia Lutezia. Era el único juez. Y sus sentencias inapelables. Su sala de justicia, una terraza que en la primera almena del castillo dominaba aldea y mar.

Una mañana pidió ser recibido el pescador Giulio. Cuando el maestre de armas lo condujo hasta el sillón en el que, majestuosa, Lutezia administraba justicia y recibía los diezmos de tributo, el pescador, a la vez que se inclinaba para besar la diestra de Lutezia, susurró:

—A solas, mi señora. Tengo que hablaros de un tesoro.

Con simple gesto, ordenó Lutezia que los pajes y el maestre de armas se alejaran, al fondo de la terraza.

Y por costumbre adquirida a fuerza de reflexión, Lutezia della Sabbia empleó su táctica al parecer desordenada de cambiar frecuentemente de tema en la conversación, con lo que buscaba

desconcertar y adivinar así los secretos propósitos de sus interlocutores.

Un método que le daba excelentes resultados.

—Recogiste una huérfana, Giulio.

—Sí, mi señora.

—Eres pues más rico de lo que creemos.

—Poco come ella, la pobrecilla Inocentina, mi señora.

—¿Qué mención hiciste de un tesoro?

El pescador, no muy ágil de mente, recogióse unos instantes:

—Inocentina es griega. Iba a bordo de velero, y era hija del capitán... A bordo jugaba con monedas de oro españolas, muchas monedas, y con vajillas de plata maciza... Tiene pesadillas, y sólo yo entiendo lo que dice... Despierta, no habla de ello... Su padre la llamaba "tesoro".... Dice que cuando caía mucha agua y el mar se levantaba, y el velero desnudo saltaba como un corcel, su padre la arrojó al agua atada al madero que la salvó. Y que apenas cayó al agua, vió la negra masa del velero subir y de golpe partir como un venablo para introducirse en la tierra... Ella no puede comprender que lo que sucedió es que el velero penetró en la Gruta de los Encantados...

Poco dado a largas conversaciones, resolló Giulio.

Lutezia della Sabbia, brillantes los hermosos ojos, opulenta de formas, vestida de rojo terciopelo, color y tela que prefería, replicó:

—La Gruta de los Encantados es lugar en el que nadie de vosotros se atreve a entrar. Lo habita el espíritu maligno. ¿A qué me has molestado contándome pesadillas dé niña?

—No son sueños, mi señora... Yo... he entrado anoche en la Gruta de los Encantados.

Puerilmente añadió el pescador:

—Y no quedé convertido en estatua alargada... Fui... porque el velero que había naufragado, no dejó restos... y creí lo que en sus pesadillas decía Inocentina. Sabéis, mí señora, que cuando el mar no está agitado, una lancha podría entrar en la gruta, si no fuera porque nadie quiere desafiar el espíritu maligno, que a mí me respetó. Las aguas quietas en la gruta, daban extraños colores al fondo... Y vi..., tumbada de costado..., ¡una nave, mi señora!

—Creo en tu valentía, Giullo. Pero, ¿en qué me interesa tu relato? La nave puede ser... otra.

—Tenía los ojos pintados en la proa... Y tiene en su casco un tesoro, encerrado en cofres.

—Inocentina repetirá tu secreto, Giulio.

—La pobrecilla, despierta, nada recuerda. Yo vine, mi señora,

para pediros dinero con el cual ir a enrolar buceadores de Palermo, que son hábiles en permanecer largos instantes bajo el agua. Si creéis que os quiero engañar para obtener dinero con lo cual emprender un viaje, os suplico que vengáis conmigo a la Gruta de les Encantados.

—¿Por qué fuiste por la noche?

—No quise que nadie me viera.

—Ven conmigo, Giulio. Te daré el dinero necesario, y si el tesoro es abundante, serás hombre rico.

Instantes después entraba confiado el pescador Giulio en largo corredor que tras las habitaciones ocupadas exclusivamente por Lutezia della Sabbia conducían al sótano de mazmorras, en las que sólo podía, entrar la propia Lutezia.

Mazmorras en las que perecieran personalismos enemigos o molestos testigos a los que no querían dar muerte los Sabbia que ocupaban el sillón de gobierno, y que de unos a otros, transmitíanse las llaves, y la obligación de personalmente llevar alimento y bebida a los allí encerrados.

El brutal empujón que Lutezia propinó al pescador Giulio, tuvo tanta fuerza que, chocando con el rostro contra la pared, Giulio cayó sin sentido, para despertar solo y encadenado.

Era el único prisionero de las “olvidadas”, que así llamábanse las similares dependencias de los castillos sicilianos.

Gritó en vano. Nadie podía oírle. También en vano maldijo, cuando silenciosamente, cada tres días, Lutezia della Sabbia depositaba en el banco de piedra recubierto de paja, donde iba enflaqueciendo lentamente, frutas, pescado, carnes y vino.

Dieciséis años duraba el cautiverio de Giulio, que era un esqueleto con vida de hundidos ojos alucinados, y ni una sola vez, en su visita cada tres días, habló Lutezia una sola palabra.

Lo único que tal vez sirvió de muy leve consuelo a Giulio, el pescador, fue ver que exactamente al tercer día de su cautiverio, cuando Lutezia le trajo por vez primera abundosa comida y buen vino, la hermosa joven tenía el cabello completamente blanco.



El brutal empujón que Lutecia propinó al pescador

Y tres días antes, aquel mismo cabello era de un intenso negror. Lo atribuyó Giulio a remordimiento.

Pero ignoraba la magnitud del secreto horrible de Lutezia della Sabbia.

* * *

Apenas Lutezia hubo encadenado al desvanecido pescador, dirigióse rápidamente a la terraza. Con sequedad y como si condescendiera a informar a su maestre de armas, le dijo a Cosme Biondelo:

—El pescador Giulio vino a pedirme dinero y ropas para partir hacia las nórdicas tierras. Se ha ido creyendo que encontrará fortuna lejos de mis dominios. Id, maestre, y conducid acá a quien espere audiencia.

Los juicios de Lutezia della Sabbia, tuvieron la acostumbrada claridad y fueron tajantes de justicia Al mediodía, presenció los juegos de Giancarlo y Lucinda, aislados en un torreón, con servidores de confianza.

Y mientras, sola, comía con su habitual buen apetito, fue elaborando con precisión todos los detalles del proyecto que había germinado en su mente apenas dióse cuenta de la sinceridad del pescador Giulio; para ella, el plebeyo encadenado era un mero accidente sin importancia, pues si bien privado de libertad, comería y bebería mejor que hasta entonces lo hizo.

Eran las tres de la tarde, cuando hizo ensillar su caballo, y cogiendo en brazos a su hijo Giancarlo, abandonó al galope el castillo.

Desmontó en las cercanías de la Gruta de los Encantados. Sabía que por el mar nadie se atrevería a entrar en la caverna,

Fué paseando per los alrededores llevando de la mano a Giancarlo, muy orgulloso y complacido de compartir por vez primara los paseos de su madre.

Lutezia della Sabbia era una mujer de su época, nacida para dominar y no dejarse dominar por prejuicios de superstición. Estaba imbuida de su categoría superior.

Cuando se cercioró que la Gruta de los Encantados no tenía por tierra más que una entrada, penetró por ella. Era un declive húmedo, donde el musgo y las hierbas tapizaban el suelo, hasta que de pronto, abríase el abismo de las aguas, formando interior lagunajo.

Las grandes bóvedas de las que pendían, cristalizadas, estrechas y afiligranadas estalactitas, tenían un apagado color pardusco rojizo.

Y la obscuridad reinante, aumentada por el pavoroso silencio, hizo que Giancarlo prorrumpiera en llanto gritando que quería ver el sol.

Regresó Lutezia al castillo, entregando a su hijo al ayo, para inmediatamente, llamar a Cosme Biondelo.

—Id al pueblo. Reunid a los forjadores, y a dos Hombres de piqueta. Que todos vengan con sus herramientas y provistos además de armazón, para montar dos puertas herradas.

La comitiva de herreros y los dos albañiles, si bien íntimamente asustados no exteriorizaron sus sentimientos, cuando Cosme Biondelo a caballo, precediéndoles, les condujo hasta donde esperaba madona Lutezia.

Y ella, que distaba, unos pasos de la única entrada a la Gruta de los Encantados, explicó:

—He leído que para ahuyentar para siempre de esta tierra los espíritus malignos, bastará con cerrar en doble puerta esta salida, si sobre los herrajes se coloca tomillo clavado. Y ya sólo entonces el espíritu maligno dañará convirtiéndolo en estatua, a quien por el mar penetre. Esta cueva tiene un ancho camino hasta la laguna. Tapiad con la puerta más resistente esta entrada, al igual que el final del camino. Yo os precederé.

Dirigió las obras, a la luz de antorchas y linternas. Dejó un espacio de unos cuatro metros, que formó rellano y reborde junto al agua.

Herreros y albañiles trabajaron con gran ahínco y rapidez, deseosos como estaban de alejarse de aquel lugar.

Y, por fin, dos puertas espesísimas, con grandes refuerzos, quedaron cerrando el acceso, formando entre ellas un ancho espacio a modo de subterránea estancia.

Las dos llaves quedaron en poder de Lutezia della Sabbia. Y aquella misma noche, al galope, madona Lutezia partió hacía Palermo, regresando al amanecer acompañada de cuatro hombres.

Cuatro buceadores de Palermo. Los condujo directamente a la cueva.

Cerró ella la puerta final, dejando abierta la que abría sobre la laguna. Los buceadores llevaban anchos rollos de cuerda y cestas.

El mar apacible dejaba la bocana despejada y un rayo de sol se filtraba sonrosando piedras y agua.

—Ved, buena gente.—Y señaló ella la laguna—. Un bajel que me traía oro español y vajilla de plata, fué destrozado por la tempestad y se hundió aquí. Bucead, y si no podéis remontar los cofres enteros, como es mi deseo, utilizad las cestas para recoger su contenido. Pero será más trabajo. Cuando haya quedado vacío el casco, recibiréis mil ducados cada uno.

La enormidad de la recompensa, excitó alegremente a los cuatro buceadores, que incansablemente trabajaron.

Lutezia presenciaba la ruda labor. Alguno de ellos aparecía, de

vez en cuando portando su cesta llena de oro que vaciaba sobre el borde, ayudado por el que, desde tierra, sostenía la cuerda por la que bajaba y subía el buceador.

Las horas parecían no tener dimensión. En un descanso, comiendo dos de ellos, los otros dos, a la orden de Lutezia, fueron acumulando en la galería entre las dos puertas, el tesoro.

Reanudóse la labor. Por fin, sacaron los recios cofres vacíos, aupándolos entre cuatro con cuerdas.

Diez cofres quedaron alineados a lo largo de la galería.

—Ya ahora, nada queda, señora—dijo uno de ellos.

Lutezia cerraba la puerta que abría sobre el lago. Señaló los cofres de cubierta en alto.

—Id rellenándolos, apartando vuestros mil ducados, que equivalen a quinientas monedas de oro español.

Afanosamente se dedicaron los buceadores, alguno de ellos sangrante de oídos y nariz, a efectos de las prolongadas inmersiones, a rellenar los cofres.

Lentamente, Lutezia della Sabbia se acercó a la otra puerta abierta, y, de pronto, salió, cerrando la puerta con llave.

Quedaban prisioneros los cuatro buceadores. Dirigióse ella tranquilamente al castillo al paso de su caballo.

Era de noche. Fue recibida por la guarnición, acostumbrada a verla desaparecer por días y noches.

Cenó de muy buen apetito. Se acostó, y creyó que iba a dormir. Pero a cada instante le parecía oír gritos infrahumanos. Soñaba despierta con manos engarfiadas, rostros famélicos, que, con avidez, miraban el oro y la plata, que hubieran trocado por un pedazo de pan.

Amaneció, y al disponerse ella a acicalarse, miróse al espejo. Sus cabellos estaban intensamente blancos.

* * *

Cuatro días después, Lutezia della Sabbia fue por vez primera a la caverna. Abrió y cerró tras sí la puerta.

Vio cuatro muertos, desfigurados, arañados, que habían sostenido mortal lucha primera contra la sed y el hambre, después entre ellos mismos,

Uno de ellos estaba doblado encima de un cofre. Otro apoyado contra la puerta del fondo, y los otros dos, enzarzados en mortal abrazo.

Llenó ella un saco con las monedas de oro y envolvió en una capa, ricas piezas de vajilla.

Cada tres noches, después de llevarle comida y vino a Giulfo, hacía ella un viaje a la cueva.

Y llegó una noche, en que de los cuatro buceadores de Palermo, quedaban solamente esqueletos, y el olor nauseabundo a carnes corrompidas iba disminuyendo.

Al igual, menguaba el contenido de los cofres...



Llenó ella un saco con las monedas de oro

Capítulo III

HASTA EL ANOCHECER.

Dieciseis años después de la noche en que el "Dafné”, impulsado por el mar, hundióse en el interior de la Gruta de los Encantados, un velero blanco, con un amorcillo cabalgando un dardo en proa, ancló a varias leguas de la aldea y castillo de Sabbia.

No era visible desde el mar ni la altura, porque había entrado por donde el mar a modo de estilete, formaba un estrecho paso entre acantilados, y al final un recodo apacible.

A bordo, a la mañana siguiente de su llegada, sólo tenia dos tripulantes, estando los otros dos, cada uno de ellos de centinela entre los matorrales que coronaban, respectivamente, los acantilados que eran paredes naturales de la salobre laguna.

Uno de los tripulantes, rollizo y lustroso, bostezaba ampliamente, tendido boca arriba en una hamaca suspendida en el alcázar. Bembo, el piamontés, era un ferviente partidario de la teoría de que estar sentado, mejor es que estar de pie, y tendido mucho mejor aun.

El otro tripulante, con manchas rojizas de nacimiento en nariz y mejillas, lo cual le valía su único nombre de Frambuesa, dedicábase a presentar rodajas de tomate a un loro.

Pero “Coclicó” denegaba furiosamente con la testa, apartando el corvo pico del alimento.

Y, de pronto, graznó:

—¡Vino para dos valientes!

Frambuesa miró hacia tierra. Divisó a Bruyant Lartiguers, su jefe, y al trovador español Luys Gallardo, dueño y capitán de la nave.

Bembo, al igual que el loro, manifestó gran alegría. Masculló:

—Ya está aquí. No le ha pasado nada. Gracias, Santa Madona.

Bruyant trato de imitar el prodigioso salto con que Luys Gallardo quedó en cubierta. Pero prefirió, después de varias flexiones de rodillas, emplear la pasarela.

—¡Caramba, qué opípara cuchipanda!—revoloteó el loro, yendo a colocarse sobre el hombro de Bruyant.

Y su pico frotó la mejilla del gascón.

Bembo se precipitó a colocar en el castillete de popa., una mesita, mirando sonriente e invitador al español.

—¿Empanadas de cerdo, mi amo, con bizcochada de ron y... —empezó a inquirir.

—Lo que quieras, valentón. Tenemos hambre y sed de justicia.

Instaláronse el gascón y el trovador en sendos escabeles junto a la mesita, que pronto fué surtiendo Bembo, cuyos hornillos siempre estaban encendidos.

—Hasta el anochecer tenemos derecho a vivir, Bruyant—comentó, risueño, el trovador.

—Pero, ¡qué se habrá creído la magnífica y suculenta Lutezia!—rió el bandolero—. ¡Caramba!

"Coclicó", rodando los coléricos ojos, hizo eco:

—¡Caramba, qué opípara cuchipanda!

—Tú lo has dicho, talento—replicó el gascón—. Poco he de valer si no le arranco a buenas o malas un beso a doña Lutezia.

—Olvida por unos instantes que Lutezia tiene aspecto de mujer, Bruyant. Nos acaba de echar de su castillo, prometiéndonos que si al anochecer seguimos en sus dominios, nos hará ahorcar. La más elemental prudencia nos sugiere que larguemos velas. ..

—Tú aborreces a doña Prudencia, don Luys. No serías quien eres, si fueras, prudente. Mi abuelo decía que los imprudentes cuando lo son con buen propósito, triunfan. Y es tu meta, liberar a la pobre chiquilla que ahora estará llorando en una mazmorra.

—Hay algo extraño en todo esto, Bruyant.

—¡Dímelo a mí! Presume ella de justiciera y sin más ni más, basándose en la acusación de la mentirosa Lena, que entre nosotros confieso que está imponente, encierra a Inocentina.

—Lutezia tiene animadversión contra la niña. ¿Por qué? ¿En qué puede perjudicarla una huérfana?

—Y precisamente ahora que Inocentina había encontrado a su príncipe azul en el marino griego de los ojos color de alga de mar. ¡Oye! ¡Se me ocurre una idea genial! Me asusto de mismo al darme cuenta de lo listo que soy.

—Ir al velero del griego y explicarle que si en algo le interesa Inocentina, está presa, y que antes de partir hacia Venecia, nos eche una mano para saltar el castillo.

—¡Eso mismo!

—¿Qué sabemos del griego? Sólo qué parece váliente, leal y

campechano. Que dice ser pescador de esponjas. Pero tal vez sea más perjudicial para Inocentina confiar en él, que permanecer en la mazmorra, hasta que logremos sacarla.

—Somos seis alegres compinches, don Luys. De noche.,, nadie nos iguala, salvo a Bembo, en ágiles y huidizos. ¿Qué son los muros del castillo? ¿Qué valen los cuarenta soldados de la guarnición? ¡Sus y a ellos, que son pocos y huyen!

—¡Gascón, gascón! ¡Ahueca que hay quema!— graznó “Coclicó”, agitando las alas y aseándose al terminar su exclamación.

—Doña Prudencia habla por tu feo pico, animal —dijo el gascón —. A la que oye hablar de huir, ya suelta su frase de aviso.

—Somos proscritos, Bruyant. Si encontraran el velero, nos privarían de un seguro medio de escape.

Que nuestros compinches se hagan a la mar y al pairo al Sur, ya en caso de tener que escapar, nadando nos reuniremos todos.

—Magnífico. Y tú y yo, al anochecer, iremos al castillo. Aunque… se me ocurre otra idea.

—Escucho.

—Raptemos a la Lucinda doliente. La devolveremos sana y salva, cuando quede segura Inocentina.

—Bruyant, lamento comunicarte que eres un bandido.

—No lo puedo remediar—sonrió también el gascón—. Pero con sanísimas intenciones. Decía mi abuelo que no importan los medios, si el fin es noble.

—Creo haber ya oído esa máxima… en labios más santos. No está mal tu idea.

—También cabe el raptar a Lena… ¡Diantres! ¡El rapto de Helena! Me suena a algo que me explicó mi abuelo. La raptamos y yo me comprometo a hacerla confesar su embuste, haciéndola decir que Inocentina no envenenó a Tomasino.

—Estás muy raptador, Bruyant. Y disfrutas…

—Yo soy poco fino, don Luys, pero, como a ti, me encanta el follón.

—¡Viva el follón¡—graznó “Coclicó”, sin el menor entusiasmo, sacando la testa de entre rus plumas—. ¡Gresca, farra y camorra!

Bembo tragó varias veces saliva, antes de decir:

—¿Puedo decir algo, mi amo?

—Ya lo estás haciendo, escudero. Continúa.

—En una semana este castillo es nuestro, y la aldea y la isla si lo quieres, mi amo.

—Me bastaría con el castillo. Continúa.

—Largamos velas y tu hermano Dago…

—Mosca...—rió el trovador—. No es tanto el riesgo como para importunar a Dago en su luna de miel. Día llegará en que le pediré ayuda, como se la di. Pero ahora por ahora, pequeño es el castillo de Sabbia, para necesitar del Gran Condotiero Corsi y del almirante Lascar.

Un poco más allá, Frambuesa, adosado al cordaje, escuchaba complacido. Era el técnico de navegación.

Acudió prontamente a la señal del trovador:

—Quedas capitaneando, Frambuesa. Tu patrón y yo iremos a tierra y apenas la pisemos, leva ancla y al pairo a una legua al Sur, y a una de tierra. Linterna en el trinquete por la noche, para orientarnos, y hasta entonces.

Pusiéronse en pie los dos. “Coclicó” emitió ruidos irritados, cuando Bruyant lo enjauló.

—Hasta pronto, piquito de oro. Dime... ¿qué tal de dientes?

La palabra clave hizo graznar en réplica:

—¡Al que rechiste le parto los dientes!

—Eso es lo que vamos a hacer, talento.

Quedaron ambos en tierra y el velero, arrastrado por la misma resaca, lentamente fué apartándose, obedeciendo al timón empuñado por Frambuesa.

De los acantilados habían descendido Vinagre y Respingón, que manteníanse ahora como Bembo cada uno en un palo, esperando la orden del enorgullecido Frambuesa, para izar velas.

Dobló el recodo el “Bardo”. Y desapareció.

—Hasta el anochecer tenemos derecho a respirar, Bruyant. Me siento tábano.

—Picar a los mulos y respetar a las personas— definió, ya en antecedentes, el gascón—. Pero ¿es que hay alguien que sea persona en esta aldea? Pasemos lista. Lena, la hija de Tulio, mentirosa, perversa y casquivana, y de las tres acusaciones respondo...

—Tengamos ternura y tolerancia, Bruyant. Estas cualidades son el agua más pura del manantial de la vida. Y con la misma tolerancia y ternura aplastemos a quién nos impida libertar a Inocentina.

—Puesto así nadie me gana en ternura, don Luys.

El trovador, mientras caminaba, descolgóse del hombro el laúd de plata. Pulsó las cinco cuerdas.

—Triste vida debe ser la de aquel que sin entusiasmo viva. Nada recompensa más plenamente que contribuir a la felicidad de los seres buenos como lo es Inocentina. Mi laúd tiene cinco notas y cada una vibra con una intención: alegría, exaltación, ilusión de

victoria, generosidad y pureza de finalidad. Nadie quebrará el acuerdo de estas cinco notas. Ni madona Lutezia, ni las murallas de su castillo. Inocentina no pagará culpa que no tiene.

Bruyant Lartiguers miró al mar, donde por el Sur se alejaba el “Dardo” y donde al Norte, dando frente a la aldea de Sabbia, manteníanse al pairo un bajel panzudo y pequeño.

—Los pescadores de esponjas... Y por cierto, don Luys, ¿no te parece que el capitán Adonais Mirkopoulos vale mucho para ser meramente un patrón de buceadores griegos?

Capítulo IV

LOS PESCADORES DE ESPONJAS

En el bajel panzudo, treinta y un buceadores acaudillados por Crésforo, esperaban en cubierta, la decisión que el capitán Adonais iba a tomar.

Y para lo cual acababa de encerrarse en la cámara de popa con el anciano Gregor...

Adonais Mirkopoulos, atleta rubio, de rostro estatuario, sentóse en el camastro, apenas entraron.

Gregor se acurrucó a sus pies. Para el antiguo pirata superviviente del “Dafné”[1], la fuerza, la inteligencia y la exuberancia vital de Adonais Mirkopoulos le hacían admirable.

La carcajada jovial, sincera, restalló.

—Surgió un escollo, anciano Gregor. Y grandes sorpresas te esperan, si pacientemente me escuchas.

—Te oigo con deleite, capitán Adonais. No hay escollos que hundan la nave por ti dirigida.

—Te expondré por partes lo que ha sucedido. Visité a quien el castillo y la aldea posee. Es una mujer.

—Con ellas más triunfarás, capitán Adonais.

—En lides de amor, tal vez, pero para negocios prefiero tratar con los de mi sexo. Ellas son caprichosas, fútiles, desconfiadas... La dueña y señora de Sabbia es Lutezia. Una hermosa, mujer, joven aun, pero de cabello enteramente blanco. Matrona, imperativa y dominante.

—Tu sencillez viril la domesticará, capitán Adonais.

—Creo que ni el dios París domesticaría a Lutezia. Ella es de las que estiman que los hombres somos seres inferiores. Me di cuenta por la mirada que me echó. Le anuncié quién era y pedí permiso para pescar el tesoro del mar, que así llamamos a las esponjas. A nadie engaño, anciano Gregor. Hemos venido a pescar el tesoro del “Dafné”, que hace dieciséis años por estos contornos quedó sepultado. Me dió ella permiso, pero con una condición.

—No eres apresurado ni impaciente, capitán Adonais.

—Al principio temí que había sido descubierta mi intención de sacar a flote los doblones castellanos y la plata. El hijo de Lutezia,

un joven agraciado, pero faldillero, me acusó de ser yo el que mintió amores a su hermana Lucinda. Era capitán aventurero el que la raptó del torreón, y como yo, lucía rubia barba.

—Nunca estuviste en Sicilia, capitán Adonais.

—Tal dije. Vino la doncella, pálida y gentil, me miró... y se fué. Mis ojos no eran los azules de su seductor. Está loca, pacíficamente demente. Y entonces me explicó Lutezia lo que me imponía como condición. Ha leído la vida de Ser Ubaldo Ziani, el veneciano, que, inspirado en la confianza que en él depositó una anciana mendiga, siguió camino de santidad. Y por capricho de demente, Lucinda asegura que sólo Ser Ubaldo le devolverá la confianza en los hombres y en la vida. Quiere Lutezia que vayamos a Venecia y logre atraer a Ser Ubaldo. Después... libre seré sin tributo, de que los buceadores sondeen el agua.

—Venecia dista con viento favorable, doce días, capitán Adonais. Y otros tantos, con buen mar, para volver. Casi un mes.

—Siete décadas sumas, anciano Gregor. Dieciséis años esperaste un hombre que, como yo, no te matara al tú revelar el secreto del hundimiento del “Dafné”. ¿Puedes esperar un mes más?

—Si tal es tu voluntad, un mes poco me parecerá.

—Salí del castillo, y al igual como hacia allá, me siguió una mujer, de rara sonrisa lejana y misteriosa, la misma se me presentó, Al parecer, esperaba a un hombre que, como yo, del mar viniera y lucieran sus pupilas el color de las mías. No es coqueta. Es una niña abandonada, pura, sencilla, primitiva, anciano Gregor, Es una Inocentina hija del mar y las estrellas, huérfana.

—Tesoro es la huérfana pura y sencilla.

—La palabra tesoro está muy acertada para calificar a Inocentina. Algo extraño me impulsó a hablarle en griego.

Gregor alzó la cabeza, y sus hundidos ojos brillantes, se posaron expresando asombro en los dientes de Mirkopoulos.

—¿Griega?

—Contestó maquinalmente; en nuestra lengua, anciano Gregor. Y... ¡hace dieciséis años, por amanecer después de tormenta que es aun recordada, la recogió un viejo pescador llamado Giulio!

—¡Es Helena, la hija de mi capitán!

—En efecto.

—No ha venido contigo—replicó, con velado reproche el viejo, tras unos instantes de silencio.

—Venía... Pero nos alcanzaron a caballo cinco soldados. Lutezia reclamaba la presencia de Inocentina. He quedado que la aguardo, y cuando en mi cubierta esté, zarparemos o no, según proceda.

—¿Giulio?

—Desapareció un buen día.

—Puede ser un mal día, capitán Adonáis, el día en que Giulio desapareció.

—Pensé en ello. Inocentina podrá explicármelo.

—¿Piensas revelarle quién es?

—No sé si tu sabiduría de años me entenderá, anciano Gregor. No tengo esposa ni mujer a quien respeto guardar. El tesoro pertenece a Inocentina.

—En ley de mar, sí. Pero... ¡es nuestro!

—Lo es. Y lo será, porque me casaré con Inocentina. No engaño a nadie ni la engaño a ella. Amor de pasión no siento. Pero dispuesto estoy a respetarla, darle afecto y protección. Ese es el tesoro que ella anhela.

El viejo rió senilmente, agitando la cabeza y mesándose la rala barba blanca.

Y su mirada expresaba una infinita admiración.

—No soy un tunante, anciano Gregor. Pero si doy un tesoro, justo es que me gane otro. Y doblemente regio: consigo esposa sin suegra.

La carcajada de Adonais Mirkopoulos, oyóse en cubierta. Y los buceadores rieron. Todo era fácil para el capitán Adonais.

—¿Zarparemos a Venecia, capitán Adonais?—inquirió Gregor, después de secarse los ojillos lacrimosos a efectos de la risa.

—Si. Lo haré si lo que me diga Inocentina no supone el menor peligro para nuestro tesoro.

* * *

—Demostró inteligencia, serenidad y paciente valentía—replicó Luys Gallardo a la observación de Bruyant—. Y me gustó su actitud. No era servil.

—Tiene numerosa tripulación comparada con la nuestra, don Luys. El castillo de Sabbia...

—¿Por qué razón iban los pescadores de esponjas a exponer sus vidas en asalto a castillo defendido?

—Si el capitán supiera que Inocentina está presa, tal vez decidiera ayudamos.

—Nada cuesta ver si antes de zarpar hacia Venecia, el capitán Adonais es de raza aventurera como creo. ¿Recuerdas la enseñanza del capitán Musso Volpi, referente a petición de visita entre capitanes?

—El que en tierra esté, agitará en cruz pabellón rojo por tres

veces, espaciando cinco. Quince cruces. Pero son griegos...

—El idioma del mar es universal.

Luys Gallardo desprendióse la capichuela de anverso carmesí.

* * *

Abrió el anciano Gregor la puerta de la cámara al repicar en ella con los nudillos Crésforo.

—Dos hombres en el litoral, piden visita de capitán a capitán, anciano Gregor.

Adonais Mirkopoulos salió, para enfocar con anteojo la playa, donde Luys Gallardo agitaba su capa.

—Los dos trovadores que estaban presentes cuando recibí audiencia de Lutezia—comentó Mirkopoulos—. Suelen ser gente divertida. ¿Qué querrán? Desfachatez es emplear la señal de capitanes. Pero cuanto más cosas sepa de Lutezia, mejor. Arriad lancha, Crésforo. Tres al remo. Que vengan a mi bordo los juglares.

Prontamente obedecida la orden, partió lancha del costado del velero. Gregor se mesó la barba.

—¿Qué te intranquiliza, anciano Gregor?—preguntó Adonais.

—Si pertenecen a la corte de la dueña del castillo, obra con cautela, capitán Adonais.

—¿Acaso no piso siempre como si el suelo lleno de víboras estuviera? Si Lutezia envía a sus juglares para que algo averigüen, siempre me gustaron las luchas verbales, donde vence el astuto, si con lealtades no tropieza.

—Extraño es, capitán Adonais, que apenas contigo estaba Inocentina, fueran a buscarla de orden de Lutezia.

—Siempre que algo sabemos, creemos que los demás saben. Acaso los juglares traigan mensaje diciéndome que no es preciso mi viaje ,a Venecia.

—Presiento que malos augurios flotan en el aire, capitán Adonais.

—No alcanzo la mitad de tus años, anciano Gregor, pero si no. lo tomas a falta de respeto, permíteme asegurarte que en la traza y facha de estos dos juglares presento buenos augurios. Son de mi clase. El cristal de mi anteojo descubre mucho, anciano Gregor. Buenos músculos bajos la ropa. Rostro audaz en uno, descarado en el otro. Ningún estigma de villanía. Audacia, fuerza y alegría... Las tres llaves que abren todas las puertas.

Y Adonais Mirkopoulos, avanzó hasta la borda, donde ya movíase la escalera de cuerda anunciando que subían el trovador y su compañero.

Capítulo V

EN LAS MAZMORRAS

Cosme Biondelo, el maestre de armas, cerró la reja con llave, mientras Inocentina aferrábase desesperadamente a los hierros.

—¡Por lo que más queráis, messer! Dejadme hablar con madona Lutezia. ¡Juro que para nada intervine en la muerte de Tomasino!

—Tus brujerías aquí te han traído—replicó agriamente el soldado, y añadió, con frialdad: —La hoguera terminará contigo, a menos que madona Lutezia te siga demostrando benevolencia, cosa que dudo, después de tu maldad.



—¡Por lo que más queráis, messer!

—¡Dejadme ver al capitán Adonais! ¡ Por favor... !

Pero ya Cosme Biondelo subía los peldaños abandonando el patio de mazmorras comunes, donde sufrían encarcelamientos más o menos largos los habitantes de la aldea que infringían las órdenes dadas por Lutezia della Sabbia.

Abatióse en el banco de piedra la hija del capitán de Mitiléne. La más cruenta desesperación se apoderó de la que había concebido las mayores ilusiones de su fugaz encuentro con Adonais Mirkopoulos.

Alzó, el rostro bañado en lágrimas cuando ante la verja oyó el ruido de los cerrojos.

Cosimo Biondelo anunció:

—Madona Lutezia consiente en oírte en sus habitaciones privadas, hechicera. No emplees con la bondadosa y justa princesa, ninguna de tus malas artes, porque conocerías todos los tormentos.

Brutalmente empujada, Inocentina siguió el camino que le señalaba la ruda diestra del soldado aferrada a su hombro.

Y cuando llegaban al suntuoso corredor que daba acceso a las estancias ocupadas por Lutezia, el maestre de armas, hizo prestamente una ligadura anudando los brazos de Inocentina.

Lutezia della Sabbia despidió a su maestre con un gesto imperioso, y, a la vez, indicó a Inocentina que entrase en la gran sala.

Rica orfebrería de plata adornaba los muebles. Los cortinajes de rojo terciopelo armonizaban con la flamígera vestimenta preferida por la déspota.

—¡Soy inocente, madona!—suplicó Inocentina, arrodillándose.

—Tu apodo nada significa, muchacha—comentó Lutezia—. Dice messer Cosme que has pedido verte con el capitán Adonais. ¿Por qué?

—Prometió llevarme lejos de aquí.

—Me dijo él que no te conocía.

—No me conoció hasta que salió de vuestra audiencia, madona. Yo os juro que a Lena, la hija de Tulio el herrero, sólo le di por filtro de amor, agua de mar. ¡Y Giancarlo, vuestro hijo, lo presenció desde la roca! Preguntadle, madona, y así veréis que mintió Lena, porque me odia, sin haberle dado motivos, ya que no es mi culpa si creyó que Tomasino me amaba. ¡Preguntad a Giancarlo...!

—¿Te dijo el capitán Adonais a qué vino a mi dominio?

—A pescar esponjas, pero dijo que antes debería ir a Venecia, cumplimentando un deseo vuestro.

—¿Por qué deseabas que viniese?

—Prometió llevarme consigo y que me aguardaría para zarpar.

—Tu liviandad iguala tu malicia. ¿Ibas a irte con un hombre que te es desconocido?

—A nadie tengo. Es de mi raza.

—¿Qué sabes tú siquiera de cuál es tu raza?

—Me habló en griego y me preguntó qué tiempo hacía que fui arrojada a la playa por el mar.

Lutezia inclinó el busto, sobre la arrodillada implorante.

—¿Qué le dijiste?

—Que hacía dieciséis años, y que Giulio me cuidó, hasta que un día se fué para no volver más.

—¿Qué más le dijiste?

—No hubo tiempo de más hablar, madona, porque entonces llegó messer Cosme y él prometió aguardarme.

Los recelos de Lutezia della Sabbia fueron aquietándose.

—El capitán Mirkopoulos vendrá. Ahora, ven.

—¡Gracias, señora! ¡Sois buena y justa! Sabía que no podíais creer las calumnias de Lena.

Ciega de gozo, Inocentina no veía siquiera el camino que seguía. Poco después, con un brusco empujón, Lutezia la arrojaba al interior de una mazmorra de las "olvidadas".

Y dirigióse al fondo de la galería tétrica, después de encerrar a Inocentina.

Giulio, momificado, hirsuto y con salvaje luz en los ojos incandescentes, miró a su carcelera.

Y sus tímpanos parecieron perforarse, cuando oyó la voz de Lutezia, la que no le había hablado una sola, palabra en aquellos dieciséis largos años.

—Pronto terminará tu cautiverio, Giulio.

El recluso abrió repetidamente la boca. Sus agrietados labios resecos, negábanse a hablar.

Exhausto, pronto se cansó de imprecar a la impasible carcelera, que nunca pestañeó, fueran los que fuesen los insultos oídos.

Y ahora al oírla hablar, la impresión le producía vértigo. Trató de silabear y su garganta enronquecida, apenas hacía perceptibles las palabras.

—Soy... un cadáver vivo... Lutezia.

—Revivirás, Giulio.

—¿Sabes... por qué... no me he muerto?

—No.

—Espero el momento... en que pagarás... tu crimen... Esta idea me dió... fuerza para aguardar.

Iba afianzándose la voz del encerrado en vida. Lutezia le miraba fijamente.

—¿Te acuerdas de Inocentina?

—Sí... Elelena se llamaba... ¿También... la encerraste? Pobrecilla a la que yo mismo condené... a morir... ¡por confiar en ti, miserable asesina!

—No te maté, Giulio.

—¡Ojalá lo hubieras hecho! Preferiste martirizarme... Darme larga agonía... He ido viendo las joyas cubrir tus manos, tus brazos y tu garganta... ¿Cuántos murieron para que tú pudieras lucirlas, mujerzuela inmunda?

—Vine en son de amistad, Giulio.

—¿Tú, amistad? ¡Mala víbora! ¿Por qué has venido a hablarme? Te oigo, y si tiemblan mis cadenas es de ansias de estrangular tu voz.

—La hora de la liberación se acerca, Giulio. Un capitán griego, amigo que fué del dueño del "Dafné"— mintió Lutezia, tratando de aprovechar la indignación del que había sido testigo de las confidencias en sueño de Inocentina—, ha venido y asedia mi castillo.

—¡Asi lo incendie y como maldita bruja que eres, ardas como preludio de lo que te espera!

—Era amigo de Heleno de Mitiléne. Se llama Adonais Mirkopoulos, y añadió otro nombre que no oí, gritándolo desde el foso.

Fué siniestro el gorgoteo con el que Giulio reía inconteniblemente.

—¿Ríes, Giulio? ¿Por qué?

—Me engañaste una vez, Lutezia. ¿Dos? Vete, desgraciada. Quieres sonsacarme algo, y no lo lograrás...

—Mis verdugos te harán entrar en razón.

—¡Eso quiero! ¡Y todos sabrán quién eres! Sólo yo sé el caudal de hipocresía que ocultas. ¡Anda, trae tus esbirros!

Con impulso certero, escupió Giulio... Volvió a reír...

Asedien o no tu castillo, algo te preocupa, vívora.

—Atiende, Giulio, hasta hoy Inocentina ha vivido libremente. Acabo de encerrarla en la primera mazmorra.

—¡Mientes como siempre!.

Lutezia della Sabbia se apartó. Llamó:

—¡ Inocentina!

—¡Liberadme por favor, madona! Nada he hecho...—oyóse retumbar en la cerrada galería.

Giulio echó hacia atrás la cabeza reclinándola contra la pared. Sus febriles ojos llenáronse de lágrimas...

—¡Maldita seas mil veces, Lutezia! ¡Que tu hija sufra mil torturas porque es lo único que quieres!...

—No maldigas, Giulio. ¿No oyes los sollozos de Inocentina? Habla, y la dejaré libre.

—Mientas o no... ¿qué quieres?

—No miento, puesto que Inocentina vive. La acusan de haber envenenado con un filtro a un aldeano. Sé que no es verdad. Pero la aldea quiere verla ajusticiar. Diré que es Lena la culpable, como todo parece indicar, según lo que me contó un juglar gascón. Liberaré a Inocentina. Y todo sólo a cambio de que tú que conoces

cuanto habló Inocentina, me digas quién es Adonais Mirkopoulos.

—Nunca citó esos nombres.

—¿Ni ningún otro?

—Habló de un tal Gregor.

—¿Gregor? ¿Quién era?

—Por lo que deduje, el lugarteniente de Heleno de Mitiléne.

—Regresaré, Giulio. Debo enterarme si Gregor…

—Todos murieron en el naufragio, salvo Helena.

Abandonó Lutezia la galería. Atravesó sus habitaciones y ya en el corredor, el maestre de armas saludó diciendo:

—Vuestro hijo, mi señora, desea impaciente hablaros.

Ella hizo un gesto de asentimiento, a la vez que avanzaba. Nadie, salvo Cosme Biondelo, podía entrar en sus departamentos.

Giancarlo della Sabbia, al igual que Lucinda, había heredado el apocado carácter de Gianpano, el difunto señor de Sabbia.

Estaba dominado por un gran respeto hacia su madre. No obstante, al aparecer ella, interpeló, colérico:

—¿Cómo, madre, cómo es posible que vos tan justa siempre y tan benévola, hayáis tolerado los embustes de Lena?

—¿Y cómo tú, hijo, te atreves a hablarme en ese tono?—rebatió ella, altanera.

—Perdonad mi extravío. Pero no quisiera que en vuestra conciencia hubiera un primer remordimiento.

Hubo cierta tristeza en el semblante de Lutezia. Replicó:

—¿Qué sucede?

—Puedo demostrar que Lena miente, ya que sin ser visto por ella ni por Inocentina, vi como ésta, a la petición de la hija del herrero, le entregaba filtro compuesto únicamente de un poco de agua de mar, y después al irse Lena, me explicó Inocentina que era la ilusión lo que tenía efectos… y no un sorbo de agua salada.

—Lena será castigada como merece, por haber pretendido extraviar mi juicio, y en cuanto a Inocentina, será liberada tan pronto averigüe algo que me interesa con respecto a los griegos que esta noche llegaron por mar. Vete tranquilo, hijo. Soy como me crees: incapaz de maldad alguna a conciencia.

Besó él devotamente la diestra de Lutezia. Iba a retirarse, pero quedó como clavado en el suelo al oír a Lutezia decir:

—Como te ordené, abandona todo propósito amoroso en lo que concierne a Inocentina, El capitán griego se la llevará. Y ella le ama. Mejor es que lo sepas. Triste unos días, mejor que triste toda una vida, por casarte con quien no es de tu condición.

Alejóse ella, y poco después decíale a Cosme Biondelo:

—Teneís hasta el anochecer para averiguar si a bordo del velero griego hay un hombre llamado Gregor. Emplead los medios que queráis. Pero informadme exactamente. No, zarparán hasta que no vaya a reunirse con ellos Inocentina.

—¡Yo puedo ir a bordo, madre!—exclamó Giancarlo, acercándosele.

—Espadachín… —murmuró ella, casi con ternura—. ¿Quieres retar al capitán griego en su propia nave?

Viéndose adivinado, él agachó la cabeza.

Cosme Biondelo partió. Y Lutezia obtuvo la promesa de que su hijo no saldría del castillo.

Capítulo VI

BUCEANDO

Luys Gallardo saltó el primero a bordo, seguido por Bruyant. Hizo un saludo cortés, correspondiendo a la inclinación de Adonais.

—Casi nos conocemos, trovador—rió el griego, hablando en perfecto italiano—. Ya sabéis quién soy. Me lleváis esta ventaja.

—Luys Gallardo me llamo, y Bruyant Lartiguers mi compañero. Solicité veros.

—Vi la señal de capitanes.

—Lo soy, puesto que aquel velero que a vuestra popa está, distando unas dos leguas a ojo de terrícola, es mío.

Se contrajeron los párpados de Adonais.

—¿Un trovador, capitán de velero?

—¿Por qué no?

—En efecto, ¿por qué no? Permitid que os haga, pues, los honores de mi cámara. Tengo excelente vino de Chipre.

Les precedió. En el puente de popa, Gregor miró penetrantemente a los dos recién llegados...

En la cámara, llenó Adonais tres copas. Brindó:

—Un siglo de vida al hombre leal.

—Paz a los hombres de buena voluntad—replicó, risueño, Gallardo.

El griego depositó la copa vacía sobre la mesa. Asintió:

—También estoy de acuerdo, capitán trovador. La buena voluntad ayuda siempre a resolver las difíciles marejadas. Tomad asiento, señores. ¿En qué puedo serviros?

—Acabamos de ser expulsados del castillo con la advertencia de que si al anochecer seguimos por los alrededores, serán levantadas dos horcas en nuestro honor.

—¿No érais, pues, trovadores de la corte de madona Lutezia?

—Errantes vamos, sin rumbo.

—Recalasteis en esta costa.

—Siguiendo el impulso de las olas.

Trataban ambos de “bucear”, respectivamente, las mutuas intenciones. Experimentaba Adonais Mirkopoulos la misma sospecha de Gregor.

¿Sabría alguien más que el “Dafné” se hundió en aquellas aguas? Rió alborozadamente:

—¿Qué motivó vuestra expulsión?

—Intentar oponernos a una injusticia que se ha cometido contra una doncella.

—Muy honrosa es, pues, la expulsión.

—Y como nos consta que ella es inocente, deseamos sacarla de las mazmorras del castillo. Pero somos tan sólo seis hombres en mi velero. Y más de treinta tiene el castillo.

—Tal vez, señores, no oísteis que era yo un patrón que manda en buceadores y busca el tesoro... de esponjas.

No sorprendió el griego el menor sobresalto en sus dos oyentes, al citar la palabra “tesoro”. Añadió:

—Ignoro el arte de asaltar castillos.

Y acotó con franca risotada su comentario.

—Quisiera explicaros algo muy confuso, capitán—dijo el trovador—. Ayer llegamos...

—No vi vuestro velero...

—Recaló en oculta cala.

—¡Ah!... ¿Me es lícito interrumpiros para preguntaros por qué elegisteis este paraje?

—Al puro azar.—

—Seguid honrándome con vuestro confianza, capitán trovador. Vuestro nombre no es italiano.

—Español.

“Doblones castellanos y plata de Toledo”, meditó Adonais Mirkopoulos. Extraña coincidencia...

—Magnífica raza que todos mis respetos merece.

—Halagado... Como os decía, ayer noche llegamos. Conocimos a una doncella, mal acusada de hechicería, que nos contó el romance triste de la princesita loca.

—Para quien en busca tengo que ir de Ser Ubaldo Ziani.

—La huérfana es confiada, y espera quien la proteja. Se forjó la idea de que un hombre vendría por el mar y que sus ojos serian color del alga...

—¿Inocentina?

—¿La conocéis, pues?

—Parece que os contraría el saberlo.

Luys Gallardo sonrió.

—¿Os molesta la franqueza?

—La anhelo en todos.

—Advertí a Inocentina al amanecer que no os hablara hasta que

no pudiera yo conoceros. Es una doncella cuya misma pureza podría dar lugar a confusiones.

—Que no he tenido. ¿La visteis después que me habló?

—La vimos. Pero bajo el peso de una grave acusación falsa, fué encerrada en mazmorra, como os dije.

—¿Y queréis rescatarla?

—Esto nos proponemos.

—Permitidme indagar la razón...

—No llevamos rumbo ni finalidad, salvo la de buscar la aventura cuando surge. Y lo es, y grata, salvar a una inocente.

—Rebosáis sinceridad, capitán Gallardo. Puedo equivocarme, pero os juzgo veraz.

—Lo soy. No lo dudéis ni un instante.

—Entonces, os diré que me propongo casarme con Inocentina... Tengo ya treinta y cinco años... A cambio de su tesoro, le daré mi tesoro de ternura y protección. Es de mi raza. No engaño a nadie, capitán. A Venecia tengo que ir, pero como prometí esperar a Inocentina para zarpar, no lo haré hasta que ella no llegue. Y si al llegar la noche no ha venido, tendré mañana que mandar mensaje a madona Lutezia.

— Una noche en blanco es muy larga, capitán— intervino, por vez primera, Bruyant—. Si pensáis hacer de Inocentina vuestra esposa, ¿no creéis que os incumbe muy personalmente el liberarla?

—Veo que sugerís, señor...

—Sin “señor”; me llamo Bruyant—rió el gascón.

Homéricamente se carcajeó el griego. Rieron los tres.

Y Adonais Mirkopoulos expresó su parecer:

—Lo que por las buenas puede lograrse, debe intentarse, que por la violencia siempre hay tiempo. No engaño a nadie. Concebí la idea de a la fuerza pescar mi tesoro de esponjas, pero es preferible evitarse enemigos. Surgen sin necesidad de buscarlos. Si Inocentina no aparece... mandaré mensaje a madona Lutezia, que me pareció justiciera, y, por lo tanto, ningún mal ocasionará a Inocentina.

—Vuestra prometida, capitán.

—En efecto. ¿ Me es lícito preguntar si habéis fraguado algún plan para liberarla?

—Ya no, capitán. A vos pertenece. Con vuestra venia, nos retiramos.

—Hay velado reproche, capitán Gallardo, en vuestra actitud.

—Soy impulsivo, y creo que me importaría mucho más la seguridad de la mujer elegida, que conseguir permiso para bucear en busca del tesoro de esponjas,

—Tenéis razón. Meditaré hasta el anochecer.

—Entonces..., según cuál sea vuestra decisión al acabar de meditar, tal vez en el castillo nos reunamos.

—Tal vez. Quedo vuestro amigo.

Esperaron ambos a que la lancha los dejara en la playa. Sólo entonces dijo Gallardo:

—Muchos circunloquios emplea el guapo griego.

—Y habla de tesoros...

—Mosca...—sonrió Luys Gallardo—. Mira quién se acerca.

Una decena de hombres aproximábase, y al frente de ellos un robusto individuo llevaba terciada ante el pecho larga hacha. Y su gorro lucía pluma azul...

Capítulo VII

PLUMA AZUL

Cuando Luys Gallardo, detenido en la playa, dedicóse a ondear su capa en señales hacia el velero griego, un pescador que, más allá, remendaba unas redes, se levantó pausadamente.

Y con la misma pausa anduvo, dirigiéndose a un caserón en el que reuníanse los hombres de la aldea.

Hoscos, ásperos y brutales eran los sicilianos, y en particular más aun los que moraban en pequeñas aldeas, tales como Sabbia.

Acercóse el pescador a un hombre que permanecía sentado contra la pared, junto al umbral, al parecer soleándose.

—Hola, Tulio—saludó el pescador.

Tulio el herrero levantó los obscuros ojos.

—Hola, Anzio.

—El juglar que acusó a tu hija, acaba de hacer, con su compañero, señales hacia el velero, y allá van,

Tulio, pesadamente, se levantó. Entró en la casa-taberna.

No llegaban a media docena los hombres allí reunidos alrededor de una mesa, en cuya cabecera llevaba la voz cantante un robusto individuo de anchos hombros y torva mirada.

—¡Lionelo!—llamóle Tulio.

El interpelado cesó de hablar. Lucía en el gorro de lana la pluma azul, distintivo obtenido en luchas, demostrando ser el más fuerte de los pescadores.

—¿Qué sucede, Tulio?

—Hacia el velero han ido los juglares de ayer noche, uno de los cuales aceptó tu reto de los "últimos".

Lionelo torció aún más la expresión siempre amenazadora.

—Las hachas—dijo, lacónicamente.

Dos de los concurrentes dirigiéronse hacia la pared, de la cual descolgaron dos largas hachas.

—Han salido, pues, ya del castillo—comentó Lionelo—. Y madona Lutezia me autorizó a matarlos, cuando salieran del castillo.

Formóse la comitiva, con cierta solemnidad. El culto a la fuerza, al odio combativo, era inherente a los sicilianos de Sabbia.

Al frente iba Lionelo, terciada ante el pecho el hacha. Tras él, Tulio, portando la otra del mismo modo.

—Si huyen — advirtió Lionelo —, renunciando, pues, a luchar como los hombres, les daremos caza, y no habrá lucha.

Tal vez en su fuero interno esto es lo que hubiera deseado el detentor de la pluma azul, que recordaba la serenidad risueña con que el trovador le había, hablado en respuesta a su reto.

Llegaron al lugar donde poco antes Anzio remendaba sus redes, espiando la llegada de los juglares.

Ocultáronse tras las matas, y uno de ellos exclamó, de pronto:

—¡Tu hija, Tulio!

El aludido volvióse, irritado.

—¿Qué haces aquí?

Lena aproximóse, brillantes los ojos.

—Os vi pasar, y debo, padre, presenciar el castigo de los forasteros que nos han insultado.

El argumento pareció natural a los demás, y Tulio asintió.

—Quédate, y no grites, porque las mujeres sólo sabéis hacer eso, cuando se derrama sangre.

Vieron la lancha que, destacándose del velero griego, avanzaba hacia la orilla.

Y, al poner pie a tierra los dos juglares, avanzaren lentamente, hoscos, decididos e impresionantes en su silencio.

—Hola—saludó Luys Gallardo—. ¿En honor de qué este cortejo tan simpático?

—En tu busca, trovador — contestó, secamente, Lionelo.

—No tenías que haberte molestado, Lionelo. Habría ido a saludarte efusivamente.

—Ayer quedó interrumpido nuestro asunto... ¿Quieres o no luchar como los valientes?

—Si porfías... Tendré que repetirte como ayer que nada contra ti tengo, pero has elegido este duelo que llamáis de los “últimos”, donde forzosamente quedará uno de los dos segado. Y no pienso ser yo. Soy generoso..., pero no tanto.

Tulio mostró su hacha.

—Ésta usarás ahora contra Lionelo. Después..., yo la usaré contra este fementido juglar que osó acusar a mi hija.

—Bueno...—sonrió Bruyant—. Cuantos más seamos, más reiremos. ¿Y quién es juez ahora?

—Yo—dijo Tulio, avanzando.

Dejó el hacha en el suelo, frente a Luys Gallardo.

Los otros cinco se apartaron, formando ancho círculo al fondo de

la playa, dejando gran espacio entre la orilla y ellos.

Tulio, solemnemente, colocóse entre Lionelo y el trovador; que iba quitándose la capa, el laúd y el jubón, dejándolo todo en el suelo, junto con su cinto, que portaba espada, daga y puñales.

Arremangábase lentamente, mientras Lionelo, como si se dispusiera a empuñar un instrumento de trabajo, se escupía en las manos.

Tulio alzó los dos brazos.

—Nadie puede intervenir ni en ayuda ni en contra de los dos que ahora dirimen querella a muerte. El que herido quede, será rematado por el vencedor.

—Qué bestias sois, muchachos—sonrió el trovador.

Sopesó el hacha, cuyo peso era aproximadamente de unos treinta kilos, equilibrados...

Era,un instrumento letal, con su doble semiluna afiladísima.

Avanzó Lionelo, y lo mismo hizo Gallardo. Trabaron contacto con los dos mangos terciados ante el pecho.

Tulio dijo:

—Tres pasos atrás, y a mi palmada atacaréis.

Empujó Lionelo, y apartáronse los dos, andando hacia atrás. Bruyant secóse el sudor de la frente con el revés de la manga.

Resonó seca la palmada de Tulio, y Lionelo, que había colocado la semiluna entre sus pies, balanceó por el mango el hacha, sin moverse.

Esperaba, y Luys Gallardo se apoyó en el mango.

—Por mi, cuando quieras, pluma azul. A lo que tú hagas, haré. Donde estuvieres, haz lo que vieres...

Lionelo aumentó el balanceo del arma.

Y de pronto saltó hacia delante, pesadamente, blandiendo en alto el largo instrumento-arma.

No se movió Luys Gallardo, apercibiéndose de que era una estratagema para que retrocediera o se ladeara...

Esperó a pie firme, y cuando Lionelo amagaba el golpe hacia abajo, saltó prodigiosamente e inesperadamente de costado, amagando un corte lateral en sesgo.

Fué Lionelo el que, recuperando difícilmente el equilibrio dada la misma impulsión, huyó de lado...

Quedaron otra vez inmóviles, jadeando, porque el solo mover el hacha, manteniéndola a fuerza de muñecas, suponía un esfuerzo considerable.

Bruyant examinó los rostros tensos de los testigos, que sólo plasmaban una excitación sin partidismo.

Veían luchar a muerte, y era espectáculo placentero para ellos, sin sadismo, con naturalidad.

Y estallaron gritos de entusiasmo cuando Lionelo empleó rápidamente lo que llamaban “avanzar segando”.

Manteniendo el hacha por el extremo, la manejaba a modo de guadaña, rasando a un metro el suelo, en avance rápido hacia Luys Gallardo.

El trovador aguardó unos instantes, y volteó su hacha por encima de la cabeza en remolino impresionante.

No se detuvo Lionelo. Distaban unos cinco pasos, y seguían volteando, el uno a ras del suelo, el otro por encima de su propia cabeza, despidiendo fulgores las semilunas mortales.

Con un rugido bestial, Lionelo se agachó de pronto, asestando un doble tajo a un metro del suelo.

Luys Gallardo pareció quedar suspendido en el aire, elevándose en salto ágil y abatiendo luego el circulo que describía su arma.

Lionelo, fallado el golpe destinado a cortar las piernas de su adversario, pudo apenas alzar el mango de su hacha, cogiéndolo apresuradamente con las dos manos.

Y detuvo por el centro el otro mango, permaneciendo la semiluna a medio metro de su cabeza, arrodillado como estaba.

La comprometida postura del poseedor de la pluma azul hizo enmudecer a los sicilianos.

Bruyant gritó, con feroz alegría:

—¡Ábrele el cráneo, don Luys! ¡Que matarte pretende!

Fué el trovador empujando hacia abajo. Lionelo, en alto los dos brazos, forcejeaba.

Saltó hacia atrás el trovador, y Lionelo, lívido, levantóse furioso, porque no comprendía la razón por la que, teniendo ventaja el forastero, habíase retirado.

Distanciado a seis pasos, depositada la semiluna en la arena, apoyado en el mango, jadeando, Luys Gallardo sonrió.

—Y va una, Lionelo. No quiero matarte.

—¡Sus!—gritó Tulio—. ¡Ataca, Lionelo! ¡No aceptamos bravatas! ¡ Córtale por el medio!

—¡A callar, juez!—exclamó Bruyant—. Ya te tocará el turno de demostrar que entiendes de este juego cariñoso.

Lionelo, azuzado por los gritos de los demás, en los que adivinaba cierto reproche por haber estado en situación apurada, y haber salido de ella no por la fuerza de sus brazos, sino por extraña magnanimidad del forastero, pareció de pronto convertirse en un torbellino huracanado.

Fué volteando su hacha en todos sentidos, en poderoso y titánico remolino...

Luys Gallardo retrocedió. Nunca había peleado ni visto pelear en aquella forma...

Era diestro en arrojar dagas y en esgrimir, al igual que en lucha cuerpo a cuerpo. Pero allí, en aquella forma brutal de duelo, el arrojar el arma equivalía a quedar a merced del contrincante, si, como era muy posible, dada la voluminosidad y peso del hacha, fallaba...

Volteó lentamente, en espera... Y cuando parecía ya que el hacha enemiga iba a segarle el tronco, oyóse un estampido y chocaron los dos mangos.

La fuerza del choque hizo retroceder a los dos.

Aullaron, entusiasmados, los sicilianos. El golpe había astillado el mango sostenido por Luys Gallardo...

Le quedaba entre las manos la mitad tan sólo del largo mango. Y Lionelo, triunfante, avanzó hacha en alto.

La largura de su arma le daba, ya el triunfo, porque ninguno de sus golpes ni amagos podía ya ser detenido.

Febrilmente, manoseó Bruyant su cinto. Y lanzó un estentóreo “¡kikirikí!” cuando, en salto inverosímil, distendiendo los tendones, Luys Gallardo quedó por encima del círculo mortal descrito por el hacha de Lionelo, que, perdido el equilibrio cuando creía dar en sólido cuerpo, quedó ladeado.

Abatió el trovador su hacha, y desplomóse Lionelo como una masa fulminada...

En pie quedó Luys Gallardo. La semiluna de su hacha no llevaba sangre alguna.

Extrañados, miraron los sicilianos al caído. Manaba sangre de su cuero cabelludo, pero era efectos del brutal golpe de plano administrado por su vencedor.

Y una expresión de pasmo grabóse en los rostros cuando el trovador, avanzando, tiró el hacha al suelo.

—No mato a quien nada me hizo. Lionelo quiso demostrarme que era el gallo del cotarro, y le he enseñado que eso no era verdad. Me pertenece la pluma.

Del gorro caído sacó la pluma azul, que insertó tras la oreja.

—Si Lionelo muere, será porque tiene la cabeza menos dura de lo que parecía.

Tulio avanzó, y aplicó su palma en la sien del derribado.

—Vive... Remojadlo.

Dos avanzaron, y por pies y sobacos arrastraron a Lionelo hasta

la orilla.

Tulio rascóse la pelambrera. Miró cohibido al trovador, cuya generosidad no comprendía.

—Bien, eres el mejor de los luchadores. Has perdonado a Lionelo, pudiendo rematarlo. Que tu próximo enemigo haga lo mismo contigo si pierdes. ¿Alguien de vosotros quiere arrebatar la pluma azul al vencedor?

Todos denegaron prestamente. Tulio recogió el hacha de entre las manos crispadas de Lionelo, que chorreaba agua tras el remojón.

Cogió la otra, y asestó un corte en el mango. Quedaban del mismo largo.

Miró significativamente a Bruyant Lartiguers.

El gascón se encogió de hombros.

—Te aviso, Tulio, que yo no soy un caballero como don Luys Gallardo, mi capitán y amigo. Si entro en jarana, la sigo hasta el final, y estés en pie o en tierra, o respirando o sin sentido, te rebanaré el cogote con gran placer, porque en nada te ofendí.

Hosco, ceñudo, replicó Tulio:

—Acusaste a mi hija de haber envenenado a Tomasino. Te jactaste de haber paseado con ella de noche.

—Me pidió que la acompañase. Y no quise que Inocentina se viera injustamente acusada.

De entre las matas surgió Lena, Crispada la boca, gritó:

—¡Mata, padre, a este felón!

—Muy mujer—sonrió Bruyant—, pero de las hienas. Ayer, besos; ahora, mordiscos. No se te ocurre pensar en una cosa, hiena. Puedo matar a tu padre que me dobla la edad y es pesado. Ayer hice lo que quise con Tomasino, que era el hércules del barrio. Ahora... me veré obligado a defenderme, y como las hachas no admiten filigranas, tu padre puede sucumbir. ¿Te importa poco?

Aproximóse Luys Gallardo, ya vestido.

—Escucha, Tulio... Es triste tenértelo que decir, pero tu hija Lena demostró odiar a Tomasino, y es cierto que Inocentina le entregó tan sólo agua de mar. ¿Por qué íbamos nosotros a tomar partido por ninguna de las dos?

—¡No escuches a este felón, padre!—gritó ella.

—Es lo menos que puedo pedir, ser oido—argüyó el trobador—. Mírame bien, Tulio. ¿Tengo aspecto de felón? Soy un errante trovador galante, que se entristece cuando contempla mujeres que pierden su feminidad. El amor despechado extravió a tu hija, que posiblemente hubiera sido una buena esposa... ¿Crees arreglar nada batiéndote con mi compañero?

Los otros iban asintiendo. No estaban acostumbrados a elocuencias, y el proceder del ganador de la pluma azul les convencía aún más que cuanto estaban oyendo.

Uno de ellos, dijo:

—Anoche quedóse ella a solas con Tomasino, Tulio. Y le dió brebaje, y Tomasino tenía allá el veneno de las víboras...

Giráronse todos a la vez, porque un repicar de cascos anunciaba la llegada de varios jinetes.

Cosme Biondelo examinó unos instantes la escena. Comprendió. Tras él iban cuatro soldados.

Señaló con el índice a Lena.

—¡ Prendedla de orden de madona Lutezia! Será ahorcada este mediodía. El príncipe Giancarlo vió como Inocentina le entregaba solamente agua de mar.

Dos soldados desmontaron, apretando con cuerdas el busto de Lena, que, demoniaca, intentaba debatirse.

Tubo, abatidos los hombros, lloraba... A la señal del maestre de armas, partieron los dos soldados al galope, uno de ellos llevando en la silla, ante él, a la prisionera.

Bruyant palmoteó el hombro del herrero, que cansinamente, arrastrando los pies, se alejó, rodeado de los otros sicilianos, dos de los cuales llevaban en angarillas improvisadas con ramas a Lionelo.

Cosme Biondelo miró duramente al trovador y al gascón.

—Tenéis de plazo hasta el anochecer, juglares. Después de caer el crepúsculo, si aquí seguís, seréis ahorcados.

—Ya lo sabemos, maestre—rió Gallardo—. ¿Y qué sucede con Inocentina? Si Lena va a ser ahorcada, Inocentina queda libre.

—Nadie eres tú para hacerme preguntas.

—Libre eres tú de no contestarlas.

—¡Más respeto exijo!

—Calla, lirio—rió Bruyant—. Serás maestre de armas en el castillo, pero aquí eres un saco de carne montado a caballo.

Cosme Biondelo retuvo las riendas con mano recia, dominando el impulso de derribar con el pecho de su montura a los dos insolentes forasteros.

Miró la pluma azul que Luys Gallardo tenía tras la oreja.

—No soy Lionelo. y si ahora no os vapuleo uno tras otro es porque misión tengo.

—Menos boquilla y a demostrarlo, querube—dijo Bruyant.

—Cierra el pico, Bruyant—atajó el trovador—; El maestre de armas tiene una misión, pero cuando la cumpla sabe que yo estaré por aquí, esperando con placer la ocasión de demostrarle que a mí

no me vapulea quien quiere, sino quien puede. Y ese quien puede aun ha de nacer, ¿me oyes, maestre?

—¡Sois dos gallos y os quitaré el pico!—bramó Cosme Biondelo, desmontando y entregando las riendas a un soldado—. ¡Vosotros, atrás, maldita sea!

Obedecieron prestamente los dos soldados, desmontando, y conduciendo por las riendas los tres caballos hasta el fondo de la playa.

—De la aldea no soy—declaró Cosme Biondelo—, pero sería un escarnio que te llevaras esa pluma. Espada en mano me vas a dar razón de tus galleos.

—Con placer, profundísimo.

—Espada y daga, trovador. Y cuando contigo termine, y me quede la pluma azul, la lengua y las orejas del picaro de tu amigo cortaré, antes de embrocharlo...

—Menos, menos—mió Bruyant—. Conmigo no pelearás.

—¿Renuncias, juglar?

—No, lirio. Es que cuando don Luys envaine, aunque estés con vida, porque mi amigo es un caballero y no mata sino a quien maligno es, y tú eres un botarate nada más, tendrás los alones estropeados, y no estarás para peleas.

Desenvainó colérico el maestro de armas, besando espada y daga, que mantuvo cruzadas ante el rostro.

A cuatro pasos, imitó su gesto Luys Gallardo.

—Maestre de armas soy del castillo, porque en el sur de Sicilia no hay quien espada en mano me venza—advirtió, jactancioso.

Solía primero tratar de impresionar a sus adversarios.

El trovador asintió, en cabezada de aprobación.

—Sería así... hasta que yo he venido, messer Cosme.

—¡En guardia!—gritó el maestre de armas, dirigiendo a la vez rectamente ante él sus dos armas.

Luys Gallardo imitó el gesto, y trabaron contacto los cuatro aceros, Bruyant esta vez no sintió sudores...

Conocía la invencible maestría del trovador en lides de pura esgrima, Y Cosme Biondelo empezó a resoplar, empezando a conocer también lo que ya Bruyant sabía...

Prodigaba toda clase de fintas, ataques: de la mejor escuela italiana, manejando su estoque con fuerza y habilidad, y asestando con la daga difíciles y oportunos punterazos.

Cada vez se estrellaban sus aceros contra una guardia compacta, cerrada y que parecía infranqueable...

Empezaba a exasperarse, siendo de irascible carácter, pero, a la

vez buen espadachín, trató de serenarse…

Y, de pronto, uno de los soldados gritó:

—¡Deponed las armas! ¡Madona Lutezia!

Retrocedió Cosme Biondelo precipitadamente, alzando los dos aceros. Luys Gallardo hizo lo mismo, sin retroceder.

Montada en brioso potro blanco, vestida como usualmente de rojo terciopelo, Lutezia della Sabbia irrumpió en la arena.

Tras ella iba Giancarlo.

Y con destello brillante en los negros ojos, la hermosa dueña y señora de Sabbia, dijo:

—No os mandé a pelear contra juglares, maestre.

Miraba a Luys Gallardo, y de nuevo, como en su primera entrevista, le causó una extraña impresión la acariciante mirada del trovador, que sonreía, y, no obstante, parecía acusar…

Capítulo VIII

TREGUA

—Os di tregua hasta el anochecer, pero tratad de no jugar con fuego—advirtió ella—. Os comportáis como si estuvierais en feudo propio, y eso no lo tolero.

—Pido excusas, señora, si mi comportamiento ha podido parecerte ofensivo y retador. Lo cierto es, y apelo a tu sentido de la justicia, que, apenas llegamos, nos provocaron. Y ¿qué hace un hombre que de tal se precie ante provocaciones?

—Esta mañana defendisteis con mucho calor a Inocentina.

Cosme Biondelo había ido a unirse a los dos soldados, separándose del grupo formado por los forasteros y Lutezia con Giancarlo.

—Y la verdad se hizo, señora.

—Fuisteis los dos al velero del capitán griego que permiso vino a pedirme para pescar esponjas. No lo conocíais, o al menos esto fingíais en mi castillo.

—No fingimos, señora. Le conocimos ahora, y allá le vimos.

—¿Para qué fuisteis a bordo? Antes de que contestéis insolencias, os hago saber que, estando en mis dominios, estáis obligados a considerarme con respeto.

—Respeto que siempre me merecen las damas, sean de la condición que sean—contestó Luys Gallardo.

Lutezia della Sabbia desmontó. Su hijo, imitándola, asió las riendas de los dos caballos.

Ella avanzó hacia los dos amigos. Era sinuosa, pero realmente gran señora, aunque su belleza tuviera, algo de turbio.

—La tregua sigue, trovador—dijo, como siempre, dirigiendo mirada y conversación a Luys Gallardo—. No hay motivo de enemistad entre nosotros. Sois dos juglares, y tenéis muchas licencias, porque alegráis las cortes por donde pasáis errantes y fugaces.

—Y alegría queremos siempre despertar... si nos dejan.

—Te confiaré que ha despertado mis sospechas el capitán griego, que dice venir a pescar esponjas.

—Si a otra cosa hubiera venido, no se habría presentado solo.

—Astuto parece.

—Es mercader a su modo.

—Este litoral es peligroso, porque está sujeto a frecuentes ataques de piratas—observó ella.

—¿Me pides opinión, madona Lutezia, o simplemente soy tu rendido y humilde oyente?

Esbozó ella leve sonrisa.

—Tu ironía no es molesta, Luys Gallardo. Eres caballero a tu modo, y si elegiste el ser trovador, será por razones distintas a los que del laúd viven. Has recorrido muchos caminos... Sabes, por lo tanto, reconocer a los hombres. ¿No podría ser el capitán griego un pirata?

—Mi respuesta podría ofenderte, Señora.

Giancarlo hacía gestos de impaciencia, pero los contenía, ya que la cordialidad de pronto demostrada por su madre le impedía intervenir como hubiera deseado.

—He sabido adivinar en ti que no eres de los que ofenden, si no les ofenden. Dime, pues, tu parecer.

—Llevas preciosas joyas y suntuosamente amuebladas están tus salas, pero pobrísima es tu aldea, y no habría suficiente botín para excitar la codicia de un capitán pirata.

—¿Dónde está la ofensa en tu respuesta?

—Aludir a que no eres dueña de grandes riquezas.

La sonrisa de Lutezia era enigmática. Siguió, cordialmente:

—Las espirituales me bastan, no faltando comida para mis subditos y comodidad para los del castillo. Dime, Luys Gallardo: ¿por qué no zarpa tu amigo el capitán griego?

—No es mi amigo. Un conocido más. No zarpa porque prometió aguardar a Inocentina.

—¿Qué quiere de ella?

—Hacerla su esposa.

—¿Tan certeramente han sido los dos heridos por la flecha de Cupido?

—Creo en la predestinación entre seres que amor esperan, señora. Ella esperaba del mar un hombre fuerte que la protegiera librándola de su abandonada orfandad. Él, una virgen sencilla, dulce compañera de un patrón de barco pesquero.

—¿Sabes si por azar a bordo había un marino llamado Gregor?

—No le oí citar.

—Todas mis preguntas obedecen a un fin, trovador Luys. La seguridad de mi dominio.

—Que enorgullecidos están quienes mandas de tener por

princesa a dama de tu inteligencia y hermosura.

—Tregua a la galanlería, trovador. Pareces sincero, y no obstante... hay en tu mirada una reticencia.

—Pareces sincera, y no obstante... no temes piratas, sino que tu temor es de otra índole, insospechada, que no alcanzo a penetrar. Pero estoy en tus dominios, hasta el anochecer, y no me incumbe hacer cábalas.

—Puesto que tienes mi palabra de que tu vida y la de tu compañero están a salvo hasta el anochecer, y no puedo rectificarla, porque tal es mi deseo, puedes venir al castillo. Tal vez tus trovas me plazcan, como me place tu cortés desenvoltura.

—Trataré de seguir disfrutando de tu benevolencia.

—Podéis ir al castillo. Y tregua a la pelea entre tú y mi maestre, que, si ambos persistís, al anochecer quedaréis libres de dirimir la rencilla que tendrá por causa puro pundonor de espadachines.

Saludó Gallardo, y alejóse en compañía de Bruyant.

Lutezia della Sabbia llamó a su maestro de armas.

—No zarpará la nave hasta que Inocentina no vaya a ella. Y no irá... hasta que no pueda yo someter a interrogatorio al capitán de la nave. Le mandaréis emisario al anochecer. Un soldado con carta que escribiré. En cuanto al trovador y su compañero, vuestros serán cuando la noche empiece.

—Gracias, mi señora.

—No puedo consentir que desafíen y sonrían burlones, como si todo lo supieran y los demás fuéramos seres inferiores. Y ahora, que justicia se haga contra la envenenadora.

A caballo pasó ella agitando la mano junto a Gallardo y Bruyant, que iban remontando el sendero que conducía al castillo.

Bruyant chasqueó los dedos.

—¡Castañeta! Nunca tanto deseé rendir y avasallar a una mujer, pero no soy tan engreído como para no darme cuenta que mis múltiples encantos dejan totalmente fría a madona Lutezia, la bella tirana. En cambio, don Luys, creo que tú tienes posibilidades... Te mira con suavidad...

—Como la gata que se dispone a arañar. Hay algo extraño en todo esto, como si ocultara ella algún misterio relacionado con Inocentina, que es griega, y con Adonais Mirkopoulos, también griego. En fin, lo que sea sonará, pero del castillo no saldremos sin antes comprobar que Inocentina libre queda.

Llegaron a la cumbre tras andar a paso reposado. Colgando de una almena, vieron el cuerpo de la hija de Tulio.

—Dura ley, es ley—comentó Gallardo—. No obstante, causa

pena ver que la Calva se ha apoderado de una bellísima mujer, que, sin el extravío del odio, hubiera podido ser una tranquila esposa.

Descubrióse, y le imitó Bruyant.

Cruzaban ya de nuevo cubiertos el puente que conducía al patio de entrada, cuando el gascón parpadeó…

Y Luys Gallardo también hizo el mismo gesto de asombro.

Andando pomposamente, Bembo llevaba, colgante por las patas, un capón desplumado, y atravesando el patio entraba en sala que evidentemente era la cocina del castillo.

Capítulo IX

UN AMOTINADO Y UN COCINERO

El “Dardo” iba avanzando hacia el Sur. “Frambuesa”, en el timón, cesó de vociferar órdenes, tras dar la de arriar velas mayores y dejar tan sólo las necesarias para mantenerse al pairo.

Descendieron de los palos “Vinagre” y “Respingón”. Tardó más en llegar, sudoroso y resoplando, Bembo.

En su jaula, “Coclicó” cabeceaba soñoliento...

—De todas salen los, patrones que tenemos—dijo “Frambuesa”, de pronto, como si resumiera el pensamiento de todos.

—Sería motín si fuéramos a echar un vistazo, anclando el velero, ¿verdad, “Frambuesa”?

—Te lo pregunta "Vinagre” porque tú eres letrado y estás estudiando en estas cosas de mar, desde que el capitán Volpi te dió libracos y enseñanzas.

—Sería motín—sentenció “Frambuesa”, majestuosamente, más que manejando, apoyándose en el timón—. Todo tripulante con rol de marino que abandonara la nave, contraviniendo orden en concreto de su capitán, será considerado un amotinado.

—¡Pues yo lo soy!—bramo Bembo.

La intempestiva exclamación dejó boquiabiertos a los tres gascones, que miraron atónitos al piamontés.

—Le dió solana—comentó, conciliador, "Frambuesa”.

—¿Qué broma preparas, Bembo?—quiso saber "Vinagre”, riendo, pero con su eterno rictus de asco.

—Ni broma ni solana, compinches—declaró, doctoralmente, el piamontés—. Yo no soy tripulante ni marino. Soy hombre de tierra, y escudero de mi señor don Luys.

—También es gran verdad ésta—dijo “Frambuesa”.

—¡Qué gran verdad! Pero ¡qué gran verdad!— graznó, despertándose de su letargo, el loro, haciendo “bis” en eco, tal como había aprendido últimamente.

Rieron los gascones, pero Bembo, obsesionado con una idea, siguió diciendo:

—Mi amo tiene vida salva hasta el anochecer, y hacia aquella hora se dispone a entrar en el castillo, corriendo peligros enormes.

Y yo, pues, ¡yo he decidido tomar el castillo!

—¡Agua!—exclamó "Frambuesa", maravillado. —Le dió la solana...

—Eso es... Le calentó la cabezota—completó, apesadumbrado. "Vinagre".

—Suele ocurrir que un vigía pierda el seso, expuesto al sol,y, claro, después dice verdaderas necedades y majaderías...

—¡Majadero el que no me escuche!...—rugió Bembo.

—No le llevéis la contraria—aconsejó, en francés. "Frambuesa"—. Cuando están así, es mejor decirles que sí a todo.

Como el místico, obsesionado. Bembo, siguiendo el curso de su idea, fué explicando:

—Si entra mi amo en el castillo, habrá una matanza espantosa. Y puede perder la vida. Y yo, sin él, pues me quedo solo. Por lo tanto, he decidido tomar el castillo.

—Muy bien hecho. ¡Así se habla!—jaleó "Frambuesa". haciendo guiños a sus compañeros.

—Fres un jabato arrollador—dijo "Vinagre".

—Ya es tuyo el castillo, Bembo—afirmó, seriamente, "Respingón".

El piamontés asintió. Hizo un gesto de duda.

—Claro que lo único que no sé es si podré entrar, sin que me hagan daño.

"Vinagre" se apretó los labios para ahogar la carcajada. "Respingón" volvió la cabeza y emitió toses sofocadas.

"Frambuesa" rió incontenib lemente, pero diciendo a la vez:

—Hombre... El que no se arriesga, no pasa el río.

—La cosa está clara, salvo este punto, muy clara —murmuró Bembo, más que hablando, pensando en voz alta.

—¡Clarísima!—aprobaron los tres.

—Veamos... Si yo entro..., ¡el castillo es mío! Pero... ¿y si no me dejan entrar?

—Eso pide reflexión—dijo, con zumba velada, "Frambuesa".

—Reflexionemos, compinches— invitó "Respingón", temblándole los carrillos de risa.

—Vosotros sabéis que a cocinero no hay quien me iguale. Soy el pinche número uno.

—Cierto. Esto sí que está razonable.—Y en voz baja, añadió "Frambuesa": —Parece que va mejorando...

—¿Sabéis lo que es el jugo de pita y el polvo de la flor llamada "luciόla"?

—Agua...—musitó "Respingón"—. Ahora le da por hablar de

vegetales y florecillas.

—La pita es aquello.—Y “Frambuesa” señaló las verdes y grandes matas espinosas en sus anchas hojas recias que poblaban la orilla no muy lejana—. Y en cuanto a la lucióla, ni idea.

—Son las flores rojinegras que crecen por todas estas islas de mi patria.

—Ah...—murmuró “Frambuesa”, siempre “siguiendo la corriente”.

—Si se mezcla el jugo de pita con el polvo que tiene en la corola la flor, ¿sabéis qué pasa?

—Que se obtiene una porquería jugosa y polvorienta—dijo “Respingón”, riendo a carcajadas para desfogarse.

—¡Seriedad!—exigió, ferozmente, Bembo—. Ya sé, ya, que me creéis con insolación, pero os vais a asombrar cuando termine de explicarme.

—Nos tienes ya asombrados, Bembo—dijo, sinceramente, “Frambuesa”—. ¿Y qué pasa cuando haces la mezcla?

—Que quien la toma se queda dormido al poco rato, pero durmiendo horas y horas.

—Ya...—dijo “Respingón”, sin entender nada.

Pero “Frambuesa”, de pronto, dióse un manotazo en la frente, exclamando, con júbilo:

—¡Eres genial, Bembo! ¡Algo asombroso! ¡Genial!

Los otros dos gascones miraron al timonel, como temiendo que también empezara a sentirse contagiado de la locura de Bembo.

—Esto he decidido...—concluyó, sencillamente, Bembo, sintiéndose heroico de antemano—. Como escudero abandono la nave.

—¡“Vinagre”!—ordenó “Frambuesa”—. Acompaña a Bembo hasta la orilla en la lancha, y regresa inmediatamente.

Partió el interpelado, ayudado por “Respingón”, a maniobrar para arriar la lancha.

Bembo reapareció de la sala, a donde había ido, llevando colgando del hombro un morral, que tintineaba.

—Un bote para la mezcla—le explicó a “Frambuesa”, antes de encaminarse hacia la borda—. Ya voy pensando buena idea para entrar en la cocina sin peligro.

—Triunfarás, Bembo, y tu amo, nuestro jefe, se quedará asombradísimo de tu talento.

En la lancha, inquirió “Vinagre”:

—Oye, Bembo: ¿de qué se trata?

—Te lo explicará, “Frambuesa”. Os reíais de mi, como asnos

sabihondos, y resulta que de los cuatro el más listo soy yo. ¡Boga, compinche! Cuando regrese con mi amo, verás como ya no te burlas.

Descendió, y “Vinagre”, a toda vela, regresó al velero. Ya a bordo, y asegurada la lancha, corrió hacia “Frambuesa”.

Los tres miraron hacia donde divisábase, muy diminuta, la silueta rolliza del escudero entre piteras.

—Si logra echar la mezcla en la comida de los soldados, el castillo quedará en poder de nuestro jefe.

* * *

Maese Grinzo era el cocinero mayor del castillo della Sabbia. Estaba casualmente cercano al pasadizo de entrada, cuando oyó a un soldado en discusión con un forastero.

Le interesó porque acababa de oír algo inaudito. El forastero afirmaba, con engolada voz:

—Pinche he sido, pero clases doy al mejor de los cocineros, que los substanciosos caldos que yo preparo son mi secreto. Vivo de ello, y si aquí hay un menestral escrupuloso, me atenderá. Decídselo así, señor soldado, al jefe de cocinas. Por mis recetas, no quiero más que alojamiento, comida y un ducado por cada tres días que doy lecciones a quien las quiera.

Acercóse maese Grinzo, viendo que el soldado de centinela en la entrada no hacía más que presentar su pica amenazadora.

—Dejad paso, Francesco—intervino, benévolo, Grinzo—. Dejad paso a este fanfarrón, que irá de cabeza a una de mis ollas, y seguro que entonces soltará pringue substanciosa. Avanza rey, avanza...

Íntimamente asustado, adoptó Bembo un aire humilde.

Maese Grinzo, con las manos apoyadas en su mandil manchado, miró al que se le aproximaba.

—¿Tú eres el maestro cocinero, lechón?

El soldado rió, y Bembo sonrió conejilmente.

—Para serviros, maese.

—Pinches siempre se necesitan si recetas traen. Tendrás comida este mediodía, que a las doce en punto la ranchada estará preparada. Y si de acá a entonces no has preparado alguna salsilla que no conozca yo y que sea sabrosa, te diré, lechón cebado, lo que contigo voy a hacer, y de testigo me sirve el soldado Francesco.

El soldado aprobó, cabeceando.

—Por pretender enseñarme mi oficio, te marcaré la frente con tizón al rojo vivo. ¡Palabra de Grinzo!

Bembo, temblándole los labios, alzó la gordezuela diestra.

—No habrá necesidad de que marquéis mi frente, maese Grinzo. Quedaréis contento.

—Vamos a verlo, aunque te notifico que muy difícil soy de contentar. ¿Te enteras, lechón?

Sobre el fuego de la vasta cocina colgaban tres ollas, y subidos en alto estrado varios pinches removían el interior de las ollas con largas maderas.

—Este es el rancho de la guarnición. Sopa de coles, guiso de patatas con cerdo y fríjoles con costillares de cordero—anunció maese Grinzo.

—Suculenta comida, maese, que casi dan ganas. de ser soldado en vuestro castillo. Yo soy piamontés, y allá le damos a la sopa de coles un tufillo especial que pone orondo y riente al que lo huele.

—¿Sí? Venga a ver.

La receta que explicó Bembo hizo torcer el gesto al siciliano mientras la escuchaba. Después reconoció, a regañadientes:

—No está mal. ¡Pierino!—llamó a un pinche, al cual le dictó la receta. Cuando se hubo ido el pinche, añadió: —Otra.

—Para las patatas con cerdo, basta con la grasa y la fécula. Pero precisamente los costillares con fríjoles es mi especialidad. Algo de chuparse los dedos.

—Venga a ver.

—Un capón, refriendo los menudillos..., y comiéndonos nosotros dos la pechuga y la cresta con los muslos, en receta especial.

—¿ Los menudillos en una olla para treinta y cinco soldados de buen apetito ?

—Con el refrito especial que yo hago, se creerán que habéis metido en la olla treinta y cinco capones, maese Grinzo.

—Bate eso— dijo Grinzo, cogiendo de una mesa cercana un mortero, en cuyo interior había varios ingredientes.

A los cinco minutos, maese Grinzo miraba con mejores ojos al forastero.

—Eres del oficio, piamontés. ¿Cómo te llamas?

—Bembo, para serviros.

—Prepara el sofrito. Lo cataré.

Media hora después, fue Bembo a buscar el capón, siguiendo las instrucciones de Grinzo.

No vió al trovador, su amo.

Penetró en la cocina, y apercibió que Grinzo relamíase probando la salsa de la olla, donde aun no había el narcótico.

—No está mal—se dignó reconocer Grinzo—, ¿Sabes escribir?

—Muy malamente.

—Bueno; entre los dos, después de comer, prepararemos la receta.

—¿Comen con los soldados los pinches?

—Naturalmente. Soló el maestre Cosme, yo y la señora con sus hijos comen aparte. La servidumbre también come igual que la fuerza. Por esto tengo interés en que no se quejen de la comida.

—No se quejarán.

Fué después añadiendo los menudillos fritos a la salsa preparada y la mezcla copiosa que en el bote llevaba. Arrojó prestamente el bote bajo la mesa.

Asió la olla y subió basta donde estaba la gran perola que contenía los fríjoles con costillares.

Vació la olla, y como un energúmeno agitó la larga espátula de madera, removiendo hasta quedar convencido de que quien de aquella olla comiera tendría una larga digestión durmiente.

Descendió, y maese Grinzo dijo:

—Eres trabajador. Tal vez te quedes unos días conmigo... y aprenderás. Ahora, prepárame la comida. La compartirás conmigo.

A las doce en punto, en el gran patio quedaron humeando las tres ollas. Desfilaron uno tras otro los soldados, primero, después la servidumbre, y por fin, los pinches.

—Los señores comen más tarde, a las dos—explicó. Grinzo—. Podemos, pues, tragar con calma, Bembo. Sacaré vino del bueno.

Mediaba la comida, cuando maese Grinzo manifestó su extrañeza:

—Noto algo raro; no sé cómo explicártelo. Parece como si nadie se moviera. Estos pinches deberían ya haber traído las ollas vacías. Tendré que ir a buscarlos.

—No os molestéis, maese. Tiempo hay. Terminemos con nuestra pitanza, que está sabrosísima.

Iré a buscar el postre.

En las natillas vertió Bembo una cucharada de mezcla que había reservado para este momento.

Colocó las natillas delante del jefe cochero.

—Vos primero, y dejadme algo, mientras yo rebaño las fuentes. Nada debe desaprovecharse.

Tiernamente, maese Grinzo, a la vez que tragaba grandes cucharadas de natillas, contempló a su discípulo.

—Llegarás, Bembo. Eres ahorrativo, y sabes guisar. Entre nosotros te diré que ya no te marco en la frente.

—Gracias, maese.

Cabeceó el cocinero del castillo.

—He debido beber demasiado vinillo. Es traidor...

—Cierto. Muy traidorzuelo...

—Oye, Bembo...—murmuró, con la lengua pastosa, Grinzo—. Asómate... a ver... qué pasa...

—Ya sé lo que pasa, maese.

—Hombre..., pero... bueno...

Y de bruces quedó, mojándose el rostro, en la fuente tres cuartas vacía. Bembo se levantó asustado.

¿Y si no estaban en el castillo Luys Gallardo y Bruyant? Decidió heroicamente hacer indagaciones, que hasta entonces no osó hacer.

Soldados, pinches y algún que otro lacayo dormían profundamente en posturas desmadejadas todo a lo largo de los soportales del ancho patio.

Fué avanzando hasta llegar a unas escaleras. Subió... Y llegaba a una gran terraza, cuando le cerró el paso Cosme Biondelo.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí?

—Me envía maese Grinzo, capitán.

—¿Para qué?

—Soy el nuevo ayudante de cocina, cuando la señora dueña apruebe mi nombramiento, y quiere maese Grinzo que me presente a la señora, y le pida permiso para servir la comida especial que he...

—Ven, bergante.

Bembo, respirando afanosamente, pero inocente la expresión, siguió los retumbantes pasos del soldado.

Y su semblante se iluminó cuando en la terraza vió a Luys Gallardo pulsando el laúd y cantando delicada canción.

Madona Lutezia y su hijo escuchaban complacidos. Terminó de cantar el trovador.

Y Bembo avanzó contoneándose.

Capítulo X

LOS CASTELLANOS

Lutezia delta Sabbia miró enojada al rollizo sujeto que seguía los pasos de Cosme Biondelo.

—¿Quién es este hombre?

—El nuevo ayudante de cocina, que maese Grinzo somete a vuestra aprobación, mi señora.

—Ven—ordenó ella—. ¿Cuál es tu nombre?.

—Bembo, princesa.

—¿De dónde eres?

—Piamontés, señora princesa.

—¿Qué haces en mis dominios?

Bembo miró en rededor, tragando saliva.

—Soy cocinero, princesa.

—¿Por qué miras al trovador Luys?

—Yo... quisiera saber... si Inocentina sigue prisionera, señora princesa.

—¡Este villano ha bebido!—exclamó, enojada, Lutezia—. ¡Llevadle al patio y que sea fustigado veinte veces!

—Perdonad—dijo Luys Gallardo, interponiéndose entre su escudero y Cosme Biondelo—. Conozco a este perillán. Y cierto es que no debería estar aquí. Pero su interés por Inocentina, que sigue prisionera, me conmueve.

—Misterioso estás, trovador Luys. ¿ Quién es este sujeto?

—Mi escudero.

—Muchas libertades son éstas, trovador. ¿Por qué aparece tu escudero mintiendo?

—Es cocinero, madona. Tal vez me explicará lo que ha venido a hacer, porque no es muy inteligente a ratos.

—Tregua tienes, pero presto...

Bembo susurró:

—Todos narcotizados, mi amo. Sólo despiertos los que aquí estamos. El castillo es tuyo, mi amo.

Se enderezó Luys Gallardo, que se había inclinado para oír el susurro del piamontés.

Sus ojos relucían alegremente. Removió la pelambrera de su

escudero, y le hizo una señal.

Apartóse Bembo, para colocarse tras Bruyant.

Cosme Biondelo iba a avanzar, pero le contuvo Lutezia della Sabbia.

—¿Qué te murmuró tu escudero?

—Gratas noticias, mi dama. Por de pronto, desearía saber si tienes inconveniente en que Inocentina sea conducida hasta aquí.

—Tu tono parece pedir lo que debería suplicar.

—Suplico, mi dama...

—Creo, trovador, que la tregua expirará antes del anochecer. Inocentina no quedará libre hasta que yo lo estime conveniente. ¡Aquí sólo yo mando!... Persiste en tus atrevimientos, y pronto quedarán alzadas dos horcas.

Giancarlo, tras el sillón, descendió la diestra a la espada.

Luys Gallardo tercióse al hombro el laúd.

—Breve será mi autoridad, mi dama, pero creo mejor anunciarte que desde este instante, en nombre de Inocentina, soy el castellano.

Giancarlo avanzó.

—Señora, ¡dejadme reducir a este insolente!

A la señal de Lutezia, gritó Cosme Biondelo;

—¡Soldados de la guardia!—Y su estentórea voz retumbó.

Bruyant avanzó con pasos saltarines.

—Yo soy de la guardia, Cosme.

Cuatro espadas brotaron al momento. Bembo se persignó... Lutezia, confiando en la pronta llegada de sus soldados y en la maestría de su hijo y de Biondelo, permaneció sentada...

Giancarlo della Sabbia era un consumado espadachín, pero tornóse pálido cuando su espada, saltando de las manos, fué a describir un arco por encima del pasamanos de la terraza.

—Quieto, por favor, príncipe...—dijo Gallardo, sonriente—. ¡Bembo, ata a este caballero con cuidado, pero sólidamente!

Cosme Biondelo arreciaba en sus ataques, gritando de vez en cuando:

—¡Soldados de la guardia!

—Están digiriendo—replicaba Bruyant, conocedor ya por Bembo de la estratagema que les dejaba dueños y señores del castillo.

Lutezia, viendo a su hijo atado contra una columna y a Cosme Biondelo retrocediendo ante el insistente ataque que ahora desplegaba Bruyant, irguióse en el sillón, presta a levantarse.

Quedóse de nuevo sentada cuando Luys Gallardo, ante ella, saludó, y a la vez dijo:

—Por una hora es mío tu castillo, Lutezia. Después, de nuevo

tuyo será, cuando Inocentina y nosotros muy lejos estemos. Tus soldados, servidumbre y cocineros, están narcotizados.

—¡Felón!

—Hasta ahora no he sabido que ocurrió. Fue una oportuna hazaña de mi escudero...

Bruyant empujaba contra la pared, del fondo al maestre de armas. Quedaron pecho a pecho, en cruz las empuñaduras.

Y de pronto, retrocediendo, giró la muñeca el gascón y la guarda de su espada chocó violentamente contra la frente de Biondelo.

Derrumbóse el maestre de armas...

—¡Bembo! Empaqueta al señor como un salchichón de precio— dijo Bruyant, acercándose al trovador.

—¿Qué te propones, traidor?—murmuró, dientes prietos, Lutezia.

—A nadie traiciono, Lutezia. Una hora libre en tu castillo para que Inocentina no sufra consecuencias de tu enigmático rencor contra ella, y después trataremos de olvidarnos mutuamente.

Bembo, con gran deleite, hacía los últimos nudos alrededor del busto de Cosme Biondelo.

Bruyant Lartiguers aceptó con gran placer también el cometido que le designó Gallardo.

—Queda custodiando a la dama, gascón, pero con mesura. Sirves más que yo para esto. Mientras, con Bembo recorreré las dependencias para encontrar a Inocentina.

Abandonó Luys Gallardo la terraza, después de que inconscientemente Lutezia echara una ojeada hacia un sitio a su izquierda.

Y por el ala izquierda empezó el trovador sus pesquisas...

Mientras, Bruyant, amablemente, en pie ante el sillón ocupado por Lutezia, especificó:

—No somos enemigos tuyos, tirana. Particularmente te encuentro majestuosa y de un imponente señorío. Pero... el mundo da vueltas, si un cocinero se entremete, y aquí tienes ahora que soy por una hora el segundo castellano.

Iba Lutezia a replicar violentamente. De pronto, se contuvo. Dijo, con sarcasmo:

—¿Tu prisionera puede andar?

—Cuanto quieras, madona, sin salir de los muros, ni acercarte a campanas, ni tratar de huir. No soy tan galante como don Luys. No tengo, como ya habrás visto, nada de caballero..., y es caballerosidad advertírtelo, porque, decía mi abuelo, que el villano nunca reconoce que lo es.

Levantóse ella. Sabíase observada de cerca por el gascón. Su mente trabajaba activamente.

Si pudiera llegar hasta la aldea…

La mirada de Bruyant Lartiguers era muy elocuente cuando contemplaba a una mujer…

Salió ella de la terraza, dejando atrás la molesta presencia de Giancarlo y Cosme Biondelo.

—Más allá no vamos, tirana—advirtió Bruyant, cuando se hallaban en el ancho pasadizo.

—¿Por qué?

—Tú conoces el suelo que pisas, no yo.

—¿Tienes miedo de una mujer?

—Sí.

—¿Por qué?

—Puedes llevarme adonde haya piso en falso… Si estuviéramos solos, correría el riesgo, pero mí jefe quiere liberar a Inocentina, y es muy testarudo. Ha confiado en mí, y no quiero comprometerlo con inútiles valentías. Decía mi abuelo que cuando la hiel se convierte en miel, caen las moscas.

—¿Soy hiel?…

—Podrías ser miel, pero ahora desconfío.

Apoyó ella los codos en un mueble, que a cada extremo sostenía suntuosos candelabros de plata laboriosamente cincelada.

Sonrió, y su semblante, de pronto, fué atractivo, fascinante…

—Mil doblas españolas de oro. Bruyant, si vencedor como eres de Cosme Biondelo accedes a ser mi maestre de armas.

Bruyant arqueó una ceja, y ladeó la cabeza.

—Poco es, rica.

—Dos mil doblas.

—No dobles tan pronto, hermosa. ¿Qué te hace suponer que puedo venderme?

—Eres un picaro, y aquí tendrías mi gratitud… y buena paga.

—Picaro soy. Eso no lo discuto. ¿Y qué tendría que hacer para merecer tu gratitud?

Hízose ella felina, prodigiosamente peligrosa en su seductora feminidad, despierta ahora para conseguir lo que era para ella tan importante, que ante nada vacilaría…

Sonrió casi dulcemente.

—Dejarme huir.

—No hay razón. Mi jefe contra ti nada hará. Es de los paladines, ¿sabes? Esos que por ideal hacen cuanto hacen sin esperar recompensa, ni abusar de sus ventajas. Tuvo ocasión de reinar, y

prefirió ser un trovador errante.

—Inocentina me calumniará...

—No lo creo.

—Sí... Quería casarse con mi hijo, que la ama, y me opuse. Pude hacerla encarcelar por bruja... La dejé en vida... Acompáñame, Bruyant. Huiré, y tú... serás mi maestre de armas cuando se vaya el trovador.

—Decía mi abuelo que la mayor habilidad consiste en esconder la propia habilidad. Yo debería fingir que creo en que quieres huir, cuando lo que deseas es alarmar a los de la aldea, y abreviar nuestra calidad de castellanos por una hora. Pero ya que por pícaro me tienes, ¿a qué dármelas de ingenuo doncel?

—Mira.

Volvióse ella, abriendo la puerta del mueble. Vigilante, Bruyant aguardó. Extrajo ella un cofre, que depositó con esfuerzo sobre el mueble, entre los dos candelabros.

Hurgó en su escote, hasta sacar un diminuto llavero. Y su única llave la introdujo en la cerradura.

Abrió la tapa, y se apartó.

—Mira—repitió, invitadora.

Un cegador destello brotaba del cofrecito, repleto de monedas españolas de oro.

—Coge este cofre y huye. Hay una fortuna.

Rió Bruyant, a la vez que dejaba caer la tapa, cerrando el cofrecito. Una luz de esperanza iluminó las negrura de las pupilas femeninas.

—Yo te confesaré una debilidad, Lutezia. El dinero no me hace gracia, si me lo dan. Necesito robarlo para que me distraiga.

Exasperada, Lutezia della Sabbia mordióse los labios, que enrojecieron intensamente.

Y musitó, al cabo de un instante:

—A todo estoy dispuesta, juglar...

—¿El sacrificio de la bella madre? No hace falta, Lutezia. Tu hijo está a salvo, porque está bien atado, al igual que Cosme.

—Te necesito, Bruyant. Sólo tú puedes salvarme.

—Pero ¿de qué, señora? Nadie te amenaza. Me limito a escoltarte en evitación de que cometas imprudencias. Dentro de una hora, y mucho antes, serás de nuevo castellana única.

—No sabes... No sabes, ni nadie lo sabe... Pero ¡si el trovador habla con un loco preso, creerá... cuanto le diga!

—El trovador no hace más caso de los locos que tú misma. Estás angustiada, Lutezia... Verdadera desesperación que no es temor

hacia nosotros, puesto que sabes que ningún daño te haremos...

—¡Quiero huir!—exclamó ella.

—Te repito que no hay razón. Y por esto mismo te lo impediré.

Avanzó ella, trágico el semblante.

—¡Por lo que más quieras, juglar!... Déjame paso...

Y con energía decuplicada, Lutezia se arrojó contra el gascón, engarfiadas las manos.

Prestamente se inclinó Bruyant, saltó de costado, y encontróse Lutezia abrazada por el talle, mientras que en su nuca el aliento del gascón iba diciendo:

—Calma, tirana... ¿Cuál es tu secreto pavor? Si temes por tu tesoro... No tiembles tanto... Hablaba en símbolo... No temas por tu tesoro, porque no estoy solo, sino a las órdenes del caballero Gallardo, que no es un vulgar bandolero con tentaciones como yo.

Dejó ella de forcejear. Hízose más bien pesada, como si estuviera próxima a desmayarse.

Y su espalda contra el pecho de Bruyant, murmuró:

—Por mi libertad, cualquier precio te doy, juglar.

—En asuntos de mujer, soy lo contrario que en los asuntos de dinero. No me gusta lo robado, sino lo voluntariamente entregado. Te soltaré, si no vuelves a pretender lo imposible que es vencerme.

Separóse el gascón, y ella recompuso su vestido, temblorosas las manos. Miró hacia una panoplia...

Bruyant, también.

—No, hermosa. Ten calma, y domina tu soberbia herida. Si no hubieras cometido una injusticia con Inocentina, nada pasaría de lo que te irrita. Pero después nos iremos... Y ya no nos veremos más. Cuando dejas de ser autoritaria y seria, eres cautivadora, Lutezia. Si no hubiera tantas horcas y tantas mazmorras en tu castillo, aceptaría el ser tu maestre de armas por unas semanas... El tiempo que tardará en comprobar si de buen grado me dabas... un beso... Por un beso tuyo; Lutezia..., ¡cuántas cosas no haría!...

Capítulo XI

EL ACUSADOR

—Has sido muy oportuno, valentón—fue diciendo Luys Gallardo, a medida que iban internándose por el ala izquierda.

—Y se reían de mí los compinches, mi amo— replicó, ufanísimo, el escudero, echando ojeadas alrededor.

Las armaduras vacias se le antojaban soldados acudiendo, y los cortinajes inmóviles los veía moviéndose.

Pero, tras las anchas espaldas del trovador, recobraba ánimos. Atravesaron dos salas.

Entraron en una alcoba, tapizada en rojo. Olía a almizcle, el perfume que emanaba de Lutezia della Sabbia.

—Por aquí, nada, mi amo—dijo Bembo, deseoso de irse pronto del castillo.

—Aquella puertecilla.

Colgaba de la puerta señalada un manojo de llaves. Las cogió Gallardo, y dió vuelta al pomo.

Abrióse la puertecilla, y una galería tétrica, mal iluminada por dos linternas cada una en un extremo, reveló a ambos lados rejas de gruesos barrotes.

Avanzó Luys Gallardo, y se detuvo. Veía a Inocentina, echada de bruces sobre el banco de piedra.

—Arco iris, Inocentma—sonrió el trovador.

Irguióse ella, como si creyera delirar. Por fin, miró casi con miedo hacia la reja que se abría.

—¡Vos, caballero!—gritó, enajenada de gozo.

Pero miró inmediatamente, temerosa, la sombra que, invisible, proyectaba Bembo.

Creía era la de Lutezia della Sabbia...

—Eres libre, Inocentina. Y dueña y señora, si lo quieres, del castillo.

Cortó las ligaduras que aprisionaban el busto de la hija del capitán Heleno. Ella, incrédula, susurró:

—¡ Os persiguen? ¡Ella vendrá!...

—Mi escudero, aquí presente, narcotizó la comida de todos. Y madona Lutezia está vigilada por mi amigo Bruyant.

—¡Sois un ángel, señor!—rezó ella, manos juntas.

Cohibido, murmuró Gallardo:

—Hasta hoy no me lo oí decir, Inocentina. Y de tus labios me suena a ambrosía.

Ella, impulsivamente, alzóse sobre la punta de los pies y sus labios rozaron la mejilla del trovador.

—Es mi primer beso... de cariño... desde que murió Giulio.

En la bóveda de la galería resonaban las palabras. Oyóse un débil lamento...

—¡Gimen, mi amo!—balbució Bembo, a quien no agradaba la estancia.

—Tu nombre, ¿no oyes?—dijo Gallardo a la muchacha, extrañado.

Encaminóse hacia el final de la galería, mirando a diestro y siniestro. Vacías estaban las mazmorras.

Pero al llegar a la última, en la derecha vió a un esquelético prisionero, hirsuto, de ojos relucientes...

—Inocentina...—murmuraba el viejo, como si nada viera.

La hija del pirata miraba, al prisionero. No le podía reconocer...

—¿Por qué me llamará?—preguntó.

—Mi amo... ¿Y si nos fuéramos, salvo tu mejor opinión?—suplicó Bembo, entrechocando las rodillas, con la mirada siempre clavada hacia atrás.

Giulio abrió los párpados. Su enturbiado cerebro nada le permitía ver con claridad.

Al divisar una sombra ante su reja, irguió dificultosamente la cabeza.

—Has triunfado, maldita...

—Delira—murmuró Bembo.

—Vida me quedó hasta que... presa tuviste a Inocentina... Pero recuerda, Lutezia... Tus crímenes los pagarás... Y el oro de la Gruta de los Encantados se te convertirá en sangre entre los dedos... Refocílate, infernal criatura... Mírame morir... Pero mis postreros alientos son para maldecirte... Yo, Giulio, te...

—¡Giulio!—gritó Inocentina, con frenesí.

Había Gallardo abierto la reja. Entró corriendo ella, para abrazarse al viejo pescador que la había mecido de niña.

—Giulio, Giulio...—sollozó ella convulsivamente, besando las manos encadenadas y el huesudo semblante.

Giulio inclinó la cabeza sobre el pecho. Murmuró:

—¿Qué engaño es? ¿Qué perversidad nueva urdiste, maldita Lutezia?... Vete... Apártate...

Luys Gallardo asió por el hombro a Bembo.

—Presto, valentón. Trae un frasco de vino, y vinagre.

—Esto... Yo, mi amo..., pues...

—¡Ya estás aquí!

Corrió el escudero, anadeando.

El trovador entró en la mazmorra. Empezó a quitar las cadenas al viejo pescador.

Inocentina musitaba, fervientemente.

—Soy yo, Giulio. La niña que tú amparaste... y que creí habías abandonado... Soy yo, Giulio...

El viejo denegaba con la cabeza lentamente.

—Perversa es tu venganza final, Lutezia... Venganza por remordimiento... porque yo y la pobrecilla somos quienes te recordamos..., que mataste para quedarte con el tesoro que a ella... pertenece... Y hoy... temías que el viejo Gregor estuviera vivo, y junto al capitán Adonais..., el griego...



—¡Giulio!—gritó Inocentina, con frenesí.

Bembo, resollando, trajo un garrafón de vino y una redoma llena de vinagre.

—Estaban en el comedor particular de la dueña, mi amo.

Luys Gallardo vertió vinagre en su palma. Frotó las sienes del viejo. Mientras, señalaba el garrafón en el suelo.

—Frota las piernas, Bembo, y las plantas de los pies.

Giulio, al olor del vinagre, murmuró:

—¿Para qué quieres... revigorizarme, maldita? Déjame ya morir..., ahora que Inocentina gime prisionera como yo... Por suerte... ella no resistirá tanta agonía... Y al Cielo irá..., mientras tú...

El enérgico masaje le hizo fijar las pupilas. Quiso gritar, y llenos los ojos de lágrimas, apenas con un hilo de voz, exclamó:

—¡Tina, mi niña!... Son tus ojos..., tu sonrisa... ¡Tina!

Ella sonreía entre lágrimas, asintiendo.

—Libre estás, padre Giulio. Mi protector, el caballero español, nos salva... Y nos iremos muy lejos... Vendrás conmigo...

—Dame vino, Tina. ¡Quiero... vivir! Quiero acusar a Lutezia, la mil veces maldita!

Trató de levantarse, pero no lo logró. Miró al trovador.

—Es quien me aconseja y el que nos salva, padre Giulio. Confía en él, porque es un caballero.

—Lutezia...—murmuró él, entre sorbo y sorbo.

—El castillo es vasta cama donde duermen todos narcotizados—explicó el trovador—. Sólo Lutezia está libre, pero vigilada por un amigo mío, que no la pierde de vista.

Irguióse Giulio. Su esquelético brazo se enlazó en los hombros de Bembo.

—Llevadme hasta ella... Llevadme..., ¡y conoceréis el horrible secreto que sólo yo sé!

Capítulo XII

INOCENTINA, DUEÑA Y SEÑORA

—...por un beso tuyo, Lutezia..., ¡cuántas cosas no haría!...

La apasionada exclamación de Bruyant sirvió de acicate a la que, perdido el pudor, acuciada por el miedo a ser descubierta, avanzó con sonrisa donde concentraba todo su poder de seducción.

—Voluntariamente entregó mis labios, juglar. Bruyant Lartiguers no pudo resistir la oferta. Inclinábase ya, enlazando el estatuario cuerpo, cuando a sus espaldas, secamente, resonó una voz:

—Sus mercedes cesen en las ternezas.

Apartóse bruscamente el gascón, y Lutezia se irguió, furiosa. Luys Gallardo avanzó.

—Prefiero, señor, deciros lo que de vos pienso, después... Ahora, me urge más otro menester. ¿Tenéis la bondad, madona, de acompañarme a vuestras habitaciones?

Ella obedeció, silenciosamente. Bruyant, algo cohibido, siguió tras el trovador.

—Escucha, don Luys. Yo...

—Después, rompecorazones—atajó secamente, el español.

Vigilaba los movimientos de la que les precedía.

En la antesala, Giulio, sentado en un sillón, junto al que Inocentina se apoyaba, irguió el busto.

Lutezia, lívida la bronceada tez, dejóse caer sentada en escabel. Tras ella permanecieron Gallardo, Bruyant y Bembo, que miraba incesantemente hacia la puerta.

—Ha llegado la hora de tu expiación, Lutezia— empezó a decir solemnemente el viejo pescador—. Hace dieciséis años me encerraste con engaño. ¿Por qué? ¿Qué mal te hice? Confiar en ti, porque eras la dueña y señora de Sabbia.

Inocentina tenía de nuevo en los labios la remota sonrisa extraña. Oía, pero pensaba en Adonais Mirkopoulos, y sus verdes ojos amables...

—Por las frases que en sus sueños murmuraba Inocentina, recompuse cuanto había sucedido. Una nave capitaneada por Heleno de Mitilene, padre de Tina, se hundió en la Gruta de los Encantados. Contenía oro en doblas españolas, y plata, mucha

plata... Soñaba, y sus palabras eran griegas, que sólo yo entendía. Despierta, nada recordaba. Vine a contártelo, porque eras mi señora. Me encerraste... Dieciséis largos años de cautiverio... Pero Inocentina vive...

Cambió por completo la expresión de Lutezia. De humillada, pasó a ser majestuosa.

—Vive Inocentina. Y si verdad fueran tus calumnias de loco, ¿estaría ella con vida?

—Estaba presa—insinuó el trovador.

—Respondiendo del delito de envenenamiento.

—Por el que ahorcada está Lena.

—En... otra persona.

—Doblas españolas había en el cofre que me ofreciste, Lutezia—intervino Bruyant—. Y que me perdonen el ser chivato. Parece que me toca serlo de un tiempo para acá.

—Esta vajilla de plata lleva marca toledana...— apuntó Gallardo.

—La compré, al igual que troqué mis ducados por monedas españolas. Este pobre viejo está loco...

—Temblando entraste...

—Por humillación de verme en mi castillo prisionera. Esta es la razón—replicó ella, altivamente.

—No mientas, Lutezia—dijo, apaciblemente, Giulio—. Demostraré cuanto digo. Id, señor español, a la Gruta de los Encantados. Llevadme a caballo, y os enseñaré el camino. Las aguas guardan el secreto, a poca profundidad. Existe el bajel "Dafné"...

—¡El "Dafné"!—exclamó Inocentina, tratando de recordar—. Esta palabra la oí muchas veces... Tesoro... Así me llamaba... Y lo repitió delante de Gregor.

—Dueña y señora eres, Inocentina. Debemos decidir... ¿Qué quieres hacer? Si tesoro hay, te pertenece.

—La Gruta de los Encantados—insistió Giulio—. Llevadme a caballo.

Miró Gallardo a Bruyant.

—De las caballerizas saca caballo dócil, y al paso lleva al viejo Giulio, gascón.

—A la orden, capitán—rió, satisfecho, el gascón, ál oírse tutear.

Y acercándose a Giulio, dijo:

—Vámonos, abuelo. Apoyaos en mis hombros.

—Tú, acompañando a Inocentina, Bembo.

Los cuatro se fueron. Lutezia della Sabbia sonrió...

—Crédulo eres, trovador.

—Ver para creer. Si en la Gruta de las Encantados no hay más

que rocas y agua tranquila..., ¡sería un milagro! Permíteme que te escolte. Y supongo que no me obligarás a demostrarte que galante soy, pero no débil de sentidos.

En el patio los durmientes semejaban haber quedado tal como sentados les sorprendió un mazazo.

De las caballerizas surgieron sendos caballos montados por Bruyant enlazando a Giulio, y Bembo a Inocentina.

Partieron.

Poco después, Lutezia, en la silla de su propio caballo, miró al jinete, que, tras ella, expuso:

—No me obligues a atarte. Entiendo en caballos, y el tuyo no aventajaría al mío.

* * *

En el torreón, Lucinda della Sabbia jugaba a solas con una muñeca, sin comprender por qué Giudita, que por entonces compartía su comida con un soldado del que estaba enamorada, no regresaba.

Y en la terraza, atados los dos a sendas columnas, Cosme Biondelo y Giancarlo della Sabbia, cansados de imprecar y forcejear, esperaban los acontecimientos.

* * *

Lanzó Lutezia su caballo a todo galope... Golpeó sañudamente con el puño al que, inclinándose y manteniendo su cabalgadura al nivel, atrajo poderosamente las riendas.

Y enlazando el talle de la virago, Luys Gallardo la arrancó de su silla para sentarla en la suya, ante él.

—Tú lo quisiste, Lutezia.

Descendían por la ladera opuesta a la aldea, siguiendo el camino que indicaba Giulio.

Cuando llegaron al boscoso paraje y desmontaron, Giulio miró, sin gran extrañeza, la gran puerta de hierro que cerraba el único acceso.

—Ella debió tapiar, y ella tiene la llave—dijo desdeñoso.

—Una de plata había entre las de las mazmorras —replicó Gallardo, que tendió el llavero a Bembo.

El piamontés, anhelando estar pronto a bordo del “Dardo”, introdujo la llave de plata.

La puerta cedió. La luz espectral de una gran linterna iluminó la ancha galería.

—¡Mi amo!—gimió, asustado, Bembo—. ¡Huesos de hombre!

Hacinábanse varios esqueletos junto a diez cofres alineados contra una de las dos paredes.

Bruyant, asiendo la llave, corrió al fondo de la galería, y abrió la otra puerta.

La corriente así creada aireó el espacio que olía a moho. Cuatro cofres abiertos mostraban su interior vacío.

Los herrajes oxidados de los otros seis, chirriaron al ser levantadas las tapas por Inocentina, Bembo y Bruyant.

Mostraron su contenido destellante, repletos hasta el borde de monedas de oro.

Lutezia della Sabbia había ido aproximándose a la laguna. Y al ver que acercábase Luys Gallardo, corrió...

El trovador abrazó el vacío...

Lutezia della Sabbia hundióse en el agua quieta. Unos remolinos se formaron...

Arrojóse el trovador, buceando. Remontó varias veces, para aspirar. Bruyant hacía lo mismo.

Y por fin encontró Gallardo a Lutezia della Sabbia. Uno de los hierros del áncora del “Dafné” asía la falda de la que, muerta, se arqueaba sobre el hierro.

De nuevo en lo alto, Luys Gallardo recogió su cinto y armas que en el suelo había dejado antes de arrojarse.

Bruyant reapareció, chorreante.

—No sigas, gascón. Está muerta... El áncora la apresó.

Giulio dejó oír una risita senil.

—La tumba justiciera... Eso es... Y ahora, Inocentina, eres dueña y señora del tesoro que te pertenece, y cuanto en el castillo hay, tuyo es, porque de los cuatro cofres vacíos salió.

Inocentina miró las monedas que iba dejando caer en cascada por entre sus dedos.

—Gracias a vos, caballero... este tesoro es mío... Pero, nada quiero del castillo... Giancarlo fué bueno para mí... Adonais Mirkopoulos será mi marido... Él decidirá... Y vos me aconsejáis, caballero.

—Iremos a bordo, Inocentina, a hablar con el capitán Adonais. Tú, Bruyant, cierra las dos puertas. Custodia con Giulio el tesoro. Y tú, Bembo, advierte a los compinches que largaremos velas antes del anochecer.

—Dejadme ir con vos, señor—dijo Giulio, inesperadamente.

—Venid.

Poco después, en la playa, agitaba Gallardo su capa en señal de

capitanes.

Delante de la cueva, cerradas las puertas, Bruyant manifestó:

—Más prefiero abrazar viejos o guardar tesoros, que vigilar hembra hermosa. ¿Y tú, Bembo?

—Yo, señor, me voy a bordo, cumpliendo orden.

—La sabiduría habla por tu boca, talento. Dale un beso a "Coclicó" de mi parte.

Capítulo XIII

UNA BREVE DESILUSIÓN

—A cuanto yo diga asentiréis. Prométemelo, Inocentina, aunque para ti sea doloroso, y vos también, Giulio.

—Prometo, señor.

—¿Doloroso?—inquirió ella.

—Tal vez sea Adonais un pirata, niña. Tal vez un malvado.

—¡No puede serlo!

—También lo creo, pero debemos verlo. Viene ya la lancha, que a bordo nos llevará. Como recompensa, eso te pido, Inocentina. Que a cuanto yo diga, no manifiestes la menor sorpresa.

* * *

Adonais Mirkopoulos, a la vez que ordenaba arriar lancha, para ir en busca de las tres personas que en la playa estaban, comentó:

—Inocentina, un viejo decrépito, y el trovador español, anciano Gregor.

—¿Quién es el viejo?

—No lo sé.

—Recelo del trovador, capitán Adonais.

—Yo no. Es llano y hábil. No cree que sea yo un pescador de esponjas, pero en la duda, se abstiene, y ésta es fórmula de nuestros filósofos.

—¿A qué viene?

—Escolta a Inocentina, la hija del capitán Heleno.

Al pisar cubierta, ayudado Giulio por el trovador, Inocentina adelantóse.

Confiadamente, sin decir palabra, avanzó la diestra asiendo la ancha mano nervuda del griego.

Y en su idioma, saludó:

—A tu bordo estoy, capitán Adonais.

—Bienvenida, que mi dueña eres, tesoro.

Miró ella a Gregor, acurrucada. Volvió a apartar la vista.

—Bienvenido, señor trovador y capitán. Libre está mi futura esposa, y torpe en mí sería no agradeceros le que yo debí hacer,

para lo cual esperaba el favor de la noche. Si este anciano acurrucado pudiera hablar italiano, confirmaría cuanto digo. Es mi segundo, pese a sus años. No engaño a nadie, capitán trovador.

—Eso creo, capitán Adonais. Inocentina confía en vos.

—Hace bien.

—¿Pensáis zarpar rumbo a Venecia?

—¿Y vos?

—Tal vez; que tanto me da ir Venecia como al imperio de la Media Luna.

—Bien. ¿Qué queréis de mí?

—Yo quisiera que tuvierais a bien decirme si conocéis a algún marino llamado Gregor.

El anciano acurrucado no levantó la cabeza.

Adonais Mirkopoulos rió ampliamente. Miró a Inocentina y al trovador. Después al viejo Giulio.

—Gregor es mi segundo. No le miréis, porque es receloso. ¿Puedo a mi vez permitirme preguntaros por qué deseabais saberlo?

—Os contaré una breve historia, que mucho os interesará.

—Cuando lo aseguráis, lo creo.

—Hace dieciséis años naufragó en estas costas

un velero griego que era capitaneado por Heleno de Mitiléne.

Alzó la cabeza Gregor.

Continuó Luys Gallardo, mientras Inocentina, asida por la mano de Adonais, le miraba embelesada:

—Llevaba un tesoro. Este anciano pescador recogió a Helena, amparándola y cuidándola. La oyó soñar. Entiende el griego. Lo contó a la dueña y señora del castillo, y ella le encerró en una mazmorra. Fué a la gruta donde se había hundido el "Dafné". ¿Os interesa, capitán Adonais?

—Tanto, que... celebro que nadie más a bordo entienda el italiano aparte yo.

—¿Por qué?

—Según lo que siga, podrían sentirse agresivos. Pero, por favor, continuad.

—Lutezia, que así se llamaba la dueña y señora, debió acudir a buceadores, que tan pronto extrajeron del fondo de la laguna los cofres del tesoro, perecieron.

—El oro es responsable de muchas muertes, capitán trovador— dijo sonriente el griego, pero con destello peligroso en los ojos.

—Cierto. Y de desilusiones. Diez cofres consiguió, y la totalidad del tesoro la invirtió en desafortunadas campañas guerreras. Todo el tesoro que a Helena de Mitiléne pertenecía, perdióse en guerras

largas e inútiles contra los señores vecinos de Sabbia. Esta es la historia que os vine a contar.

Adonais Mirkopoulos miró hacia el lejano castillo. Después, a su tripulación. Por fin a Inocentina, que le sonreía amorosa.

—Rudo es el golpe, capitán trovador. ¿Buscabais vos también el tesoro?

—No.

—Yo sí. Les prometí riquezas... Tan pobre soy como cuando vine... Tentaciones me dan de convertirme en pirata y saquear el castillo, pero... mejor será partir hacia mi Egeo... Hay esponjas... y tal vez la fortuna me sea favorable y pesque perlas...— hablaba amargamente—. Pero un tesoro me llevo... Y eres tú, Inocentina.

Miró a Gregor.

—Este pobre anciano morirá de desilusión, porque supondrá que el golpe será para mí fatal... Hice muchos cálculos con el tesoro... Y ahora, ¡esponjas, esponjas y sólo esponjas!

—La pobreza feliz es gran riqueza, capitán Adonais. Como bien dijisteis, os lleváis el tesoro que representa Helena.

— Pero es para mí solo, que con nadie lo comparto—rió amargamene el griego, enlazando por el talle a la muchacha—. Habla, Plelena. Quiero oír tu melodiosa voz.

—Te quiero, Adonais. Siempre te esperé... Giulio fué como mi segundo padre. Déjale que venga con nosotros.

—¿Por qué no? Cuanto pesquemos, comeremos. Pero necesitáis buen cordial, anciano Giulio. Venid... Tengo un vino de Chipre que os dará color y carnes... Vos hacedme el honor de tomar conmigo el vino de despedida...

En la cámara, brindó el griego:

—El estoicismo sea mi lema, amigos. Bebe, Helena. Estás pálida, y tus ojos brillan demasiado... A vuestra salud, anciano Giulio, Y larga vida, capitán trovador.

Bebieron. Luys Gallardo presentó su diestra:

—Chocad, capitán Adonais.

—¿Por qué no?

Estrecháronse las diestras, y añadió Gallardo;

—Habéis aceptado con estoicismo la mala noticia.

—¿Qué iba a hacer? Soy joven... He encontrado el amor... Lo que más temo es la reacción del anciano Gregor. Está débil. Vivía con esta esperanza... Ahora comprendo las reticencias de madona Lutezia. Pero... hablasteis de ella en pasado,

—Se ahogó.

Inocentina pugnaba por no hablar. Y comprendiéndolo Luys

Gallardo, sonrió risueño:

—Un cuerno de hadas a nuestra medida, capitán Adonais. Quise cerciorarme que erais de los míos.

—Perdón, no comprendo.

—Alegre, sin falsedad. Hábil, sin hipocresías. ¿Cuántos hombres necesitáis para transportar a bordo el tesoro de Helena de Mitiléne, vuestra futura esposa ?

El griego pestañeó:

—¿ Decís... ?

—Otra breve historia. Quise comprobar si sólo el afán de enriqueceros os guiaba. Obligué a Inocentina y a Giulio a callar mientras oían mis mentiras. Hay seis cofres repletos de monedas de oro españolas. Pertenecen a vuestra esposa.

—¡Tuyos son, Adonais!—exclamó ella.

Explicó febrilmente todo lo sucedido. Al terminar ella, Adonais Mirkopoulos miró a Luys Gallardo :

—Resucitáis muertos, capitán trovador. Pero sufriréis una desilusión.

—¿ Cuál ?

—No soy de los vuestros, porque, en vuestro lugar, me habría quedado con un cofre.

—Como no busqué tesoro, no me atrae. Y tan sólo me recompensa el saber que Inocentina, cuando aun no sabía quién era, confió en mí. Y también el saber que cuando veáis las doblas españolas...

—Pueda decir orgulloso: “Sólo un español, caballero errante, regala tesoros”—dijo, calurosamente, Adonais Mirkopoulos. Y riendo, añadió: —Es un bello cuento de hadas que no podré contar a Gregor ni a los demás. No porque pierda prestigio, sino porque no lo creerían. Esta noche mis pescadores de esponjas irán al lugar...

—Ahora mejor, ya que duermen los del castillo. Y los de la aldea, ajenos están a todo esto. Tal vez mejor que vuestro velero diera frente a la gruta.

Salieron. Desde el alcázar gritó órdenes Mirkopoulos. Inocentina aspiraba con deleite la brisa.

Giulio parecía revivir. Y Luys Gallardo obtenía su más preciada recompensa: ver felicidad donde hubo tristeza.

—Dueña y señora es Inocentina. Ella recibirá la llave del tesoro de manos de mi segundo.

—Dadme al menos ocasión de que nuestro agradecimiento os demostraremos, capitán Gallardo.

—Me basta la felicidad que convierte en sonrisa de éxtasis la

sonrisa que antes era de atormentada ensoñación.

E inclinándose, besó Luys Gallardo la diestra de Inocentina, que, ruborizándose, murmuró:

—Vuestra servidora, señor.

Rió, alborozado, Adonais. Y poco después, mientras eran arriadas varias lanchas, manifestó:

—Mi primer hijo se llamará Luys, señor trovador.

—Gracias. En estas verdades primarias está todo el tesoro del mundo: esposa, hijos y bienestar de hogar.

Desembarcaron veinticinco pescadores, Inocentina tras Adonais, y el trovador. Bruyant respiró aliviado al entregar la llave a la muchacha, a la señal de Luys Gallardo. Ella la depositó en manos de Adonais Mirkopoulos.

Afanosamente, corriendo, en seis grupos, alejáronse hacia las lanchas los pescadores de esponjas.

Adonais Mirkopoulos avanzó y, bruscamente, abrazó al asombrado español.

—Mercader soy, capitán Gallardo, y por eso mismo, siempre os recordaré como la viva imagen de la caballerosidad.

Separóse, y con risa jovial, ordenó:

—¡Bésale, tesoro!

Hízolo ella sumisamente, con devoción. Agitando las diestras en despedida, partieron los dos, enlazados.

Las lanchas, a todo remo, fueron aproximándose al velero. Luys Gallardo dirigióse por la playa hacia donde se divisaba, cercano, el “Dardo”.

Bruyant intentó una broma:

—Regalando castillos y tesoros, don Luys, nunca os haréis rico.

Esperó respuesta, y no la obtuvo. Y como un niño que aguarda un justo castigo, cabizbajo, penetró en la lancha, donde Bembo y Vinagre les aguardaban.

EPÍLOGO

Muy lejanas estaban las líneas grises del castillo della Sabbia. El “Dardo”, impulsado por fuerte viento de oeste, navegaba velozmente.

“Coclicó” en vano trataba de obtener respuesta de su dueño, que, sentado ante la jaula, parecía meditar negruras.

Y Bruyant, no pudiendo contenerse más, encaminóse hacia el castillete de popa, donde Luys Gallardo pulsaba su laúd.

Bembo, Vinagre y Respingón atendían a las velas, encaramados en los palos. Frambuesa mantenía el timón con expertos giros, siguiendo el rumbo marcado por el trovador.

Bruyant Lartiguers, se destocó al pisar el castillete.

—Quisiera hablaros, don Luys.

—Lo estáis haciendo, señor gascón.

—Me mortifica vuestro silencio. Soy culpable, lo sé... ¡Castañeta! Es que las mujeres serán mi perdición, como decía mi abuelo. Pero iba tan sólo a besarla, porque dijo ella que era voluntariamente, y después me hubiese apartado, y... ¡castañeta!... ¡Ordenadme que guarde tesoros, que lleve en la silla de montar ancianos abrazados amorosamente, pero nunca más me expongáis a tentación que...!

—Vuestras palabras de arrepentimiento son algo extemporáneas, si es que me entendéis.

—¡Por favor, don Luys! No me tratéis tan ceremoniosamente... Sois mi único amigo..., mi jefe, el único al cual respeto... Yo nací vulgar, y no tengo temple de caballero, por más que a vuestro lado me esfuerzo en serlo.

—¿Habéis pensado que por un beso embriagador, corría peligro Inocentina?

—¡Sí, don Luys!... Después me di cuenta... Juro que nunca jamás incurriré en imprudencias... Pero, ¡castañeta!, tuteadme, y mandadme azotar, o lo que se haga a bordo en tales circunstancias...

Luys Gallardo pulsó de nuevo el laúd, y recitó:

—Érase que se era una vez, un cabeza caliente, con buen corazón, pero muy sensible a caricias de mujer... Y su buen amigo, el trovador, le cantó: “Bruyant, esta vez y no más”. Continuaremos

amigos... pero si algún otro día o noche te sorprendo desobedeciendo mis consejos... seguirás libremente tu camino, y yo el mío. Y el trovador lo sentiría mucho, gascón. Acabó la balada. No me des las gracias, porque las tienes todas. ¡Bembo! ¡Vino para dos valientes!

"Coclicó" revoloteando en su jaula, excitado, graznó:

—¡Señora, aquí estamos dos valientes!

Bembo, corriendo, dirigíase a la cala. Surgió llevando un frasco y dos copas.

Bruyant rió alegremente:

—Olvidamos mencionar un tesoro, don Luys. La amistad.

—Cierto. Bembo, trata de que "Coclicó" aprenda un nuevo vítor. Desde hoy, propongo que sepa ¡graznar: "¡Bembo valentón, dame un beso!"

Bebieron los tres, porque Luys Gallardo señaló el frasco, y a gollete bebió el escudero.

—El resto para nuestros compinches.

Alejóse, ufano, Bembo. Preguntó Bruyant:

—¿Qué rumbo, capitán? Lo inquiero porque veo que Frambuesa no hace más que consultar sus cartas marinas.

—Si Frambuesa no se equivoca, andaremos cerca de Venecia. Dicen que es ciudad hermosa, donde abundan los suspiros. Suspiros de amor, suspiros de dolor. Besos y muerte. Pasión y odio. Y ansias tengo siempre de oír suspiros... que también mi corazón los anhela. ¡Rumbo pues a Venecia, la bella ciudad de los suspiros!

Próximo episodio:
LOS MISTERIOS DE VENECIA

Notas

[←1]

Véase Inocentina